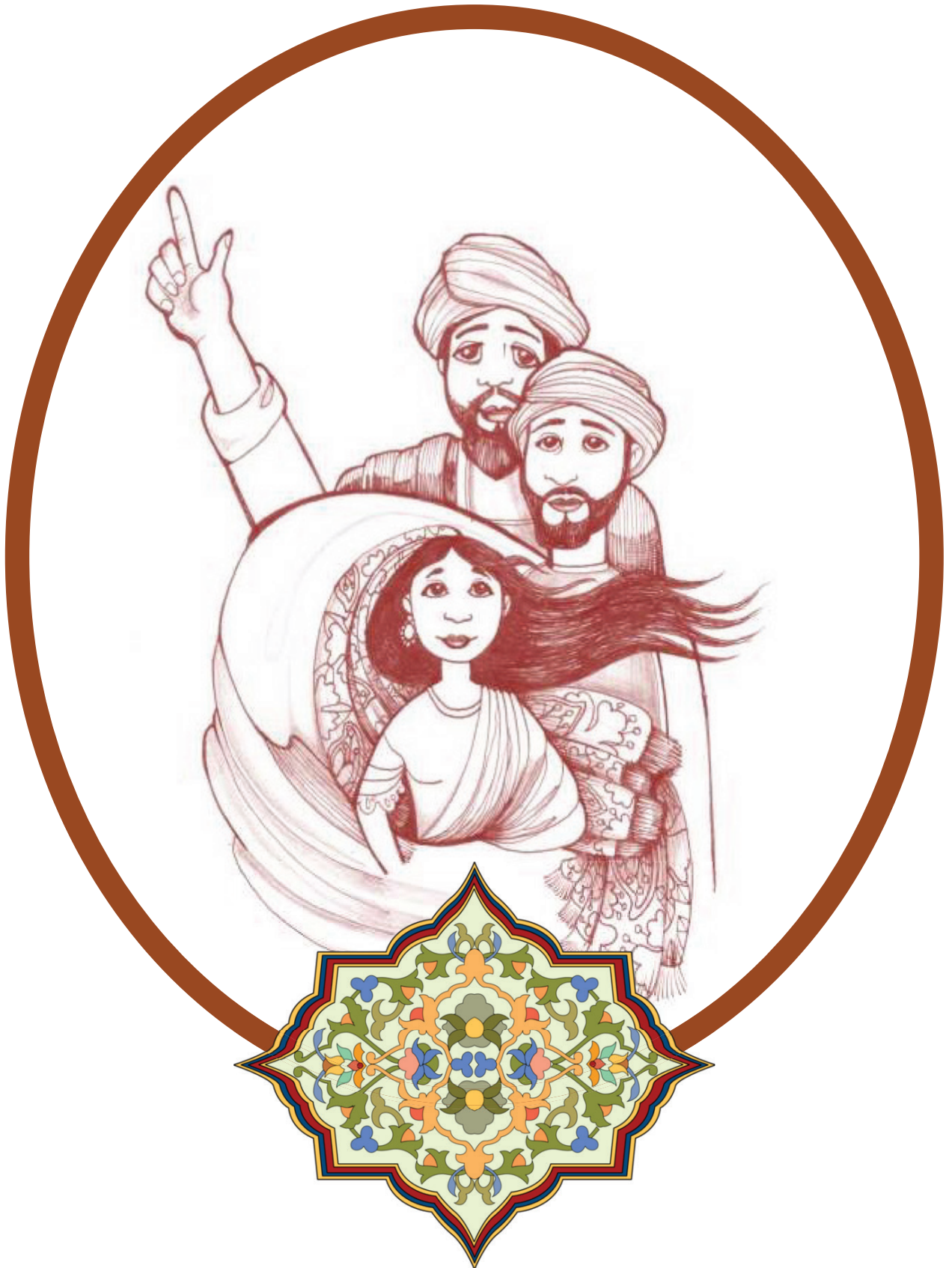
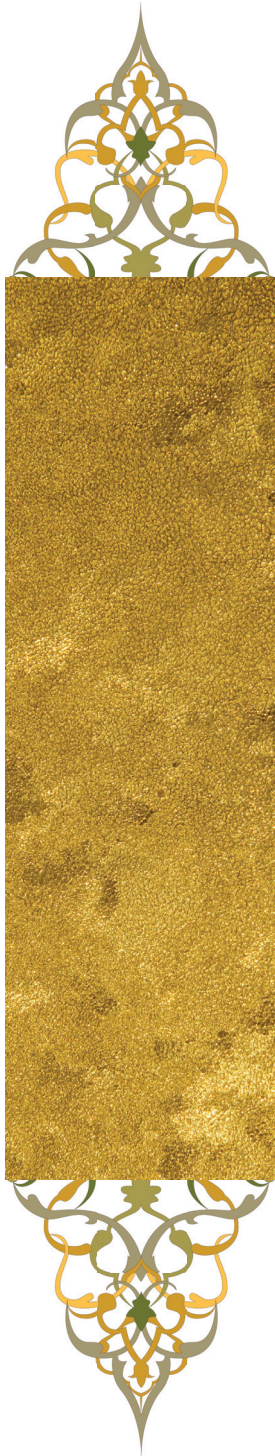


Selección de Historias Bahá'ís

Los Rompedores del Alba

Edición especial con motivo del
Bicentenario del nacimiento del Báb





Reconocimiento

Encontrándonos muy cerca del bicentenario del nacimiento del Báb, período muy propicio para recordar el extraordinario heroísmo del Precursor-Mártir de la Fe de Bahá'u'lláh e inspirados por el Mensaje de Ridván de 2018, donde la Casa Universal de Justicia nos insta a generar oportunidades para recordar las vidas de los intrépidos seguidores del Báb, heroínas y héroes cuya fe se expresó en actos inigualables y sacrificados que adornarán por siempre los anales de la Causa, la Asamblea Espiritual Nacional de los Bahá'ís de El Salvador se complace en ofrecerles un ramillete de historias breves derivadas del libro *Rompedores del Alba*, el cual recoge de manera magnífica los tiempos tempranos de la Edad Heroica de la Fe Bahá'í.

Nuestro agradecimiento profundo a la Asamblea Espiritual de los Bahá'ís de Guatemala por habernos permitido la reproducción del documento original de estas historias, el cual fue diseñado de nuevo y revisado, a pedido institucional, por los devotos servicios de amigos bahá'ís en El Salvador.

Con amor y gratitud,

Asamblea Espiritual Nacional de los Bahá'ís de El Salvador

Primera Edición bajo permiso de la Asamblea Espiritual
Nacional de los Bahá'ís de Guatemala

Aprobado para la publicación por la Asamblea
Espiritual Nacional de los Bahá'ís de El Salvador

2019

1,000 ejemplares

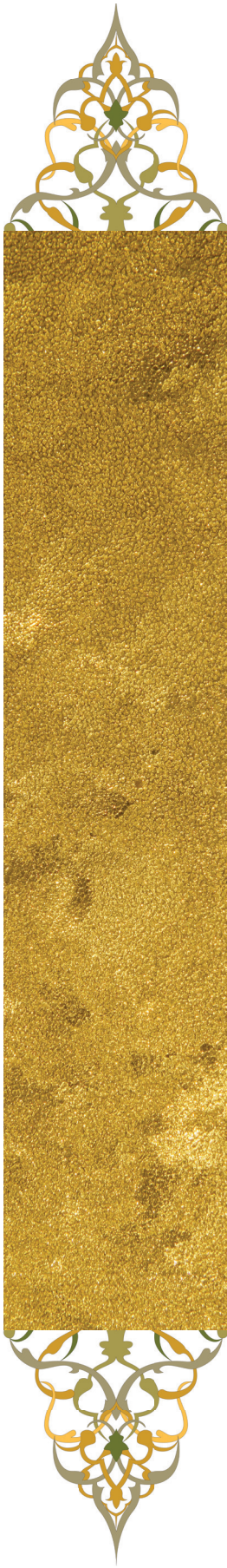
Diseño de
Carlos Benjamín Herrera

Diagramación
Rene M. Lemus

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
ISBN: 978-99923-811-3-7

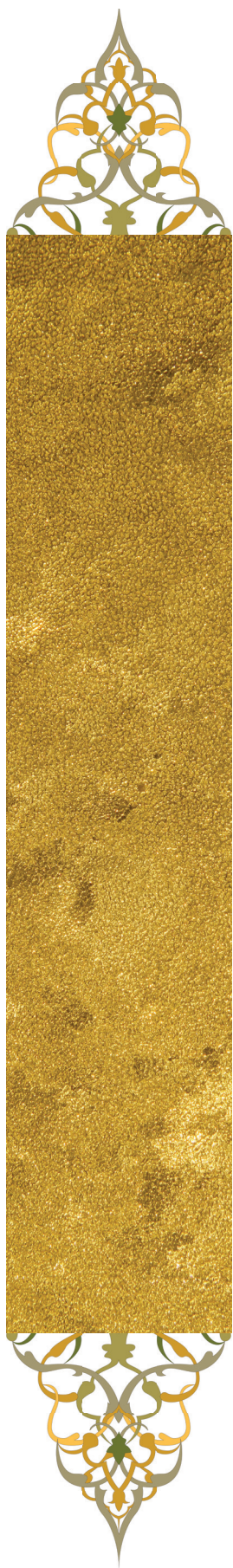
Sin fines comerciales

Impreso en El Salvador



ndice

1. *El secreto de Shaykh Ahmad* 7
2. *El Joven del turbante verde* 9
3. *El sueño del pastor* 11
4. *Mullá Husayn y El Báb* 13
5. *Historias del Báb* 15
6. *Las Letras del Viviente* 17
7. *Los mensajeros del Báb* 19
8. *El mensaje a Bahá'u'lláh* 21
9. *El sueño del padre de Bahá'u'lláh* 23
10. *La tempestad* 25
11. *La aventura del desierto* 27
12. *El cuento de Sádiq* 29
13. *La aprehensión del Báb* 31
14. *El pájaro blanco* 33



15. <i>La plaga</i>	35
16. <i>En el camino a Teherán</i>	37
17. <i>El castillo de Máh-Kú</i>	39
18. <i>El sueño de ‘Alí-Khán</i>	41
19. <i>Táhirih</i>	43
20. <i>El Nuevo Orden</i>	45
21. <i>La visión de Muhammad ‘Alí</i>	47
22. <i>La prueba del Báb</i>	48
23. <i>El Fuerte Tabarsí</i>	50
24. <i>El asedio</i>	53
25. <i>La muerte de Quddús</i>	55
26. <i>La historia de Vahíd</i>	57
27. <i>El martirio del Báb</i>	59
28. <i>Bahá’u’lláh</i>	62



El secreto de Shaykh Ahmad

Hace muchos años vivía en Persia un hombre que conocía un maravilloso secreto. En realidad no era un secreto. Puesto que estaba escrito en un libro; por consiguiente, cualquiera podía leerlo. Pero aquellos que leían ese libro, justamente no comprendían su significado. Él, Shaykh Ahmad, sí llegó a comprender su significado porque había estudiado muchas veces este libro y había orado para poder comprenderlo. Y el secreto que encontró lo hizo tan feliz que quiso contarlo a todo el mundo.

En este libro que se llama “Corán”, se contaba que Dios enviaría un nuevo Maestro para el mundo, tan gran Maestro como lo fueron Jesús y Mahoma. Este era el secreto maravilloso que había conocido Shaykh Ahmad.

Nosotros casi nada conocemos acerca de Dios, porque Él es demasiado grande y demasiado maravilloso que no podemos alcanzar a comprender toda Su Grandeza. Algunas veces nos ocupamos tanto de nosotros mismos y tenemos tantas distracciones, que hasta nos olvidamos de Dios. Nos olvidamos hasta de que no podríamos vivir si Dios no nos diera la vida. Es por esto que, de tiempo en tiempo, Él envía a la tierra a uno de Sus Maestros Divinos, para recordar a la gente que Él existe. Estos Maestros Divinos son semejantes a Dios y vienen a mostrarnos como Él desea que nosotros vivamos.

Jesús fue uno de estos Maestros Divinos. Algunos de nosotros sabemos de Él y leemos en la Biblia sobre Su vida. Otros saben más acerca de Mahoma y leen en el Corán sobre Su vida. Fue en el Corán que Mahoma escribió hace mucho tiempo, lo que Shaykh Ahmad había leído sobre el nuevo Maestro Divino que iba a venir. Este Maestro fue llamado “El Prometido”, porque Dios había prometido que Él vendría.

Mucha gente había leído sobre el Prometido en el Corán, pero había una diferencia entre ellos y Shaykh Ahmad.

Cuando Shaykh Ahmad leyó las palabras referentes al Prometido, se sintió muy seguro de que ya era tiempo para que Él viniera muy pronto. En cambio los otros pensaban que Él no vendría sino después de mucho tiempo.

Shaykh Ahmad sintió que en tanto leía aquellas palabras, el Prometido estaba viviendo en la tierra en ese momento. Comprendió que debía salir a encontrarlo, para luego contar a los demás la buena nueva de la existencia de Él. De seguro que todo el mundo desearía conocerlo.

Para conseguirlo, Shaykh Ahmad tuvo que dejar su hogar y su familia, y viajar a través de todo el país. En aquellos días no había teléfonos, radios, ni periódicos; tampoco trenes, que llevaran el correo. Asimismo se desconocía el avión. De este modo, si alguien tenía algo que deseaba dar a conocer a la gente, tenía que ir él personalmente a ella. Y esto era muy difícil de llevarse a cabo, pues unas veces había que caminar a pie largas distancias y otras a caballo. Los lugares para comer y descansar por la noche llamados “Caravasar”, no eran muy cómodos.

Pero a Shaykh Ahmad no le importaba estar incómodo, porque él sabía que estaba haciendo lo que Dios deseaba que él hiciera y se sentía feliz de que la gente quisiera conocer el secreto que él conocía. Por donde quiera que él fuera, la gente acudía en gran número para escuchar lo que decía sobre el Prometido que estaba por venir. Shaykh Ahmad les leía el Corán pues, aunque ellos eran mayores de edad, la mayor parte no sabía leer. Esto se debía a que no tenían escuelas tal como nosotros las tenemos ahora. Después de leerles les instruía para que ellos pudieran conocer al Prometido cuando viniera.

Las noticias acerca de Shaykh Ahmad se regaron por todo el país y el Sháh, que era el Gobernante o Rey, le invitó a que lo visitara. Esto hizo que muchos se sintieran celosos y pidieran a sus amigos y parientes que no escucharan a Shaykh Ahmad. Y algunas veces trataron de reñir con él y de ponerlo fuera de sus ciudades.

¿Creen ustedes que fue esto un obstáculo para que Shaykh Ahmad diera su gran noticia? ¡Ni por un momento! Mucha gente creía en lo que él decía y lo seguía a todas partes para oír más sobre el Prometido. Comprendían que el Prometido tendría que ser una persona muy maravillosa; que amaría a todo el mundo; que sería bondadoso y ayudaría a todo aquel que lo necesitase. ¡Cómo iban a esperar tanto tiempo para encontrarlo!

Después de muchos años de viajar de este modo, Shaykh Ahmad comprendió que había terminado la misión que Dios quiso que él cumpliera. Otros deberían ahora continuar con la obra que él había comenzado. Así, él llamó a su muy querido amigo Siyyid Kázim y le pidió que viajara en su lugar y que hablara a la gente sobre el Prometido.

Siyyid Kázim prometió hacer esto, pues como Shaykh Ahmad, él también deseaba que todo el mundo escuchara aquella maravillosa noticia. Y quizás, algún día, él podría ver al Prometido con sus propios ojos.





El Joven del turbante verde

Siyid Kázim prosiguiendo la obra de Shaykh Ahmad, contó a la gente que el Maestro Divino que Dios había prometido, precisamente estaba viviendo en ese tiempo. Tal vez hasta estaba viviendo muy cerca y ellos no lo sabían. Ya pueden imaginarse nuestros lectores como se sorprendieron ellos al escuchar esto. Cómo deben ellos haber hablado acerca del Prometido y cómo deben haberse preguntado Quién sería y dónde viviría. Si ustedes y yo hubiésemos estado allí, también habríamos hecho lo mismo. ¿No les parece?

Es extraño, pero cuando Dios envía un nuevo Maestro Divino a la tierra para recordar a la gente que Él existe, solamente unos pocos lo conocen al principio. Es razonable pensar que ellos pueden verlo en la calle o en el Santuario adonde Él va para orar, y aun así no lo conocen, sencillamente porque sus corazones no están llenos de amor y esperanza. A algunos, nos asusta pensarlo, no le conocen porque andan muy ocupados en ellos mismos.

Hay muchos otros, sin embargo, que no son como esta gente. Sus corazones están listos siempre y llenos de esperanza. Siyyid Kázim era uno de ellos y pasaba su vida tratando de preparar a los otros para que lo conocieran cuando le vieran. Esta historia se refiere a un día muy feliz en la vida de Siyyid Kázim, el día en que por primera vez él encontró al Prometido. Y no solamente lo encontró sino que escuchó su voz.

Hay algo que, hasta Siyyid Kázim, tal vez no supo en ese tiempo. Dios realmente había enviado dos Maestros Divinos en vez de uno. Uno de Ellos, de quien Siyyid Kázim les hablaba, era llamado el Báb. La palabra “Báb” significa entrada o puerta y, efectivamente, el Báb vino para abrir la puerta de Bahá'u'lláh, el otro Gran Maestro que viniera más tarde. El Báb era aquel a quien Shaykh Ahmad y Siyyid Kázim estaban esperando, porque habían leído en el Corán sobre Su venida.

Una mañana muy de madrugada, precisamente al amanecer, Siyyid Kázim envió un mensajero a un amigo diciéndole que una persona muy importante había llegado a Karbilá, lugar en donde ellos estaban viviendo, y que debían visitarlo en seguida. Cuando el amigo llegó a la casa de Siyyid Kázim, éste ya estaba preparado esperándole en la puerta. Caminaron juntos a través de las calles.

Qué quietud debe haber habido en la ciudad, pues el sol aún no se había levantado y la gente no daba señales de comenzar sus actividades cotidianas. Pronto los dos amigos llegaron a una casa en cuya entrada un Joven estaba parado, como si los estuviese esperando. Usaba aquel Joven un turbante verde y su cara se mostraba tan agradable y bondadosa que, al parecer, ninguna persona que lo mirase pudo dejar de amarle.

Hay gente a quien uno ama desde que la ve por primera vez. Corriendo a su encuentro, el joven

abrazó a Siyyid Kázim y le habló con tales palabras de amor, que éste solamente pudo permanecer de pie con la cabeza inclinada; no pudo hablar.

El Joven los condujo al interior de la casa y escaleras arriba a un cuarto adornado con flores las cuales despedían un agradable perfume. Allí Él les indicó que se sentaran y les dio de beber algo de una bella taza de plata colocada en el centro de la habitación, diciendo: “Un sorbo de bebida pura les dará su Señor”.

Cuando se ama a alguien mucho, muchísimo, uno se siente tan feliz que justamente desea estar cerca de quien le ha inspirado ese amor. Uno no necesita hablar. Esto fue lo que sucedió a los visitantes, lo que sintieron aquella mañana mientras estuvieron con el Joven, solamente se cruzaron entre ellos unas pocas palabras. Luego Él los condujo hasta la puerta y con una bella sonrisa les dijo adiós.

Cuán a menudo el que había acompañado a Siyyid Kázim debe haber pensado sobre esta visita. Tres días más tarde, Siyyid Kázim vio a este Joven otra vez. Estaba enseñando algo del Corán a un grupo de gente, cuando el Joven entró y se sentó con ellos, inmediatamente Siyyid Kázim dejó de hablar. Cuando los otros le pidieron que continuara, él solamente movió la cabeza. Señaló hacia un rayo de luz que se filtraba a través de la puerta y se posaba sobre la túnica del Joven.

“¡La verdad” – dijo él “es más evidente que el rayo de luz que ha caído sobre aquella túnica!” Como ustedes ven Siyyid Kázim, sabía quién era el Joven y nunca pudo comprender por qué los otros no le conocieron.

Pero con todo, los otros no comprendieron, ni siquiera el que había acompañado a Siyyid Kázim aquella mañana. Mas en su corazón, hubo un sentimiento extraño cuando él pensaba en aquel Joven. Muchas veces quiso preguntar a Siyyid Kázim el nombre del Joven, pero siempre hubo algo que lo detuvo.

Aun cuando pensaba en Él muchas veces durante el día y comprendía que había llegado a amarlo con todo su corazón, el amigo de Siyyid Kázim no pudo conocer quién era. Un día oyó contar que este Joven había declarado ser el Báb, el Prometido. Sólo entonces pudo darse cuenta que se trataba de Aquél a Quien él había visto en Karbilá y a Quién tanto había amado.





El sueño del pastor

Siyid Kázim estaba muy feliz. No sólo sabía que el Prometido había venido, sino que él lo había visto y visitado. Qué gusto ha de haber experimentado al contar a los otros de Él, aunque todavía no le era permitido revelar a ellos Su nombre.

Siyid Kázim encontró a muchos que no quisieron escucharle y algunas veces fueron muy crueles con él y sus amigos. Él y unos pocos que eran sus amigos íntimos se dispersaron para enseñar precisamente lo mismo, pues siempre había personas dispuestas a escuchar. A estas personas se les leía en el Corán las palabras que decían que habría dos grandes Maestros Divinos. Aquél que ellos estaban esperando sería el primero, pero inmediatamente después vendría el Otro. Y este último traería Su Luz al mundo entero, y no solamente para el país en el cual Él viviría.

Un día, pocos instantes antes del mediodía, Siyyid Kázim estaba parado a la sombra de una palmera, esperando a la gente que llegaría para la oración del mediodía. Repentinamente un árabe se acercó violentamente y abriendo sus brazos se abrazó a él. He aquí la extraña historia que el árabe contó a Siyyid Kázim.

Tres días antes él estaba pastoreando sus ovejas en un pastizal cercano, cuando cayó profundamente dormido y soñó. En su sueño él vio a Mahoma, quién le dijo que escuchara bien y recordara lo que le decía, porque aquellas palabras eran enviadas por Dios. “Si tú eres fiel a ellas” – dijo Él – “grande será tu recompensa. Si tú descuidas estas palabras, grave retribución caerá sobre ti”. Aquello significaba que grandes contrariedades le vendrían si olvidaba el mensaje. Entonces Siyyid Kázim le pidió al pastor que permaneciera cerca de ese lugar.

El pastor se acercó a saludar a Siyyid Kázim y a decirle que su misión estaba casi terminada; que tres días después de su regreso a Karbilá le sería permitido ir a Aquel de Quien estaba hablando. Poco tiempo después de estos sucesos el Prometido se daría a conocer de todo el mundo.

Este sueño significaba que, tres días después de que regresara a su hogar, Siyyid Kázim moriría porque su misión había terminado.

Las palabras del pastor hicieron a Siyyid Kázim muy feliz, pero pusieron tristes a sus amigos. Al ver esto, Siyyid Kázim les dijo:

“¿No es el amor de ustedes para mí por la misericordia del Verdadero?” “¿No desearían ustedes que yo muriera para que el poder del Prometido fuera revelado?”

Siyid Kázim habló tan amorosamente a sus amigos y los hizo tan felices al pensar que por fin ellos conocerían al Prometido, que olvidaron su tristeza. Y éste es el camino que debemos seguir nosotros también, pues aunque nunca nos agrada perder a un amigo, cuando lo perdemos Dios nos envía otro.

De este modo Siyyid Kázim terminó su misión y regresó a Karbilá. Allá, como el pastor lo había soñado, él murió tres días después, dejando a sus amigos la misión de encontrar al Prometido y hablar a la gente acerca de Él.





Mullá Husayn y El Báb

Después de la muerte de Siyyid Kázim pareció que sus amigos no sabían qué hacer. Fue en ese tiempo que un joven llamado Mullá Husayn regresó a Karbilá. Mullá Husayn era un amigo de Siyyid Kázim, de quién había llevado un mensaje a otra ciudad. Reunió a algunos de los amigos y les pidió que le contaran lo que Siyyid Kázim les había dicho a ellos antes de morir. Uno de ellos dijo que él les había dicho que dejaran sus hogares y se dispersaran lejos para encontrar al Prometido. Otro dijo que él les había dicho que el Prometido los guiaría a cualquier lugar donde ellos trataran de encontrarlo.

Mullá Husayn les rogó no esperar más tiempo, “¿Por qué han escogido ustedes permanecer en Karbilá?” – Él les preguntó – “La primera obligación de ustedes, tanto como la mía, es levantarnos y llevar el mensaje de nuestro amado Jefe”.

Pero, como sucede siempre cuando nadie desea contraer compromisos, todos comenzaron a poner excusas. Por fin Mullá Husayn comprendió que ellos no querían ir. Sintióse muy triste él se alejó de ellos y partió acompañado solamente por su hermano y su sobrino.

Lo primero que él sintió que debía hacer era prepararse personalmente para encontrar al Prometido, pues cuando uno va a encontrarse con alguien a quien ama, quiere lucir lo mejor que puede. Esto fue lo que sintió Mullá Husayn, pero él no pensaba en su vestuario. Él quería estar listo para hacer sus pensamientos razonables, para pensar como el amado Prometido quisiera que pensara y para hacer lo que Aquel quisiera que hiciera. Así, buscó un lugar en el cual él pudiera estar solo y orar. En dicho lugar él y sus dos compañeros permanecieron cuarenta días.

Cumplidos los cuarenta días, partieron en busca del Prometido. Se detuvieron en una cercana ciudad y allí tuvieron una bella experiencia. Algunos años antes, el Báb había vivido en aquella ciudad y, por supuesto, había pasado orando mucho tiempo y estas oraciones hicieron que esta ciudad fuera tan diferente de las otras, que cuando Mullá Husayn llegó a ella, pudo notar la diferencia, Mullá Husayn y sus compañeros no permanecieron mucho tiempo allí, sino que se trasladaron a otra ciudad llamada Shiráz.

Cuando llegaron a las orillas de la ciudad de Shiráz, Mullá Husayn dijo a su hermano y a su sobrino que continuaran y buscaran alojamiento. Él los encontraría más tarde cuando fuera tiempo para la oración de la noche.

Mientras Mullá Husayn iba caminado por las orillas de la ciudad, un Joven se acerca a él. Usaba aquel Joven un turbante verde y su rostro brillaba de gozo, tal como brilla el rostro de alguien que se siente muy feliz. Mullá Husayn no se imaginaba que aquel Joven fuera el Báb, el Prometido a

quien él había estado buscando. Pensaba que debería ser un amigo de Siyyid Kázim que, sabiendo de su llegada, había venido a encontrarlo. El joven abrazó a Mullá Husayn como si Él lo hubiera conocido de siempre. Luego lo invitó a venir a Su casa para descansar, pero Mullá Husayn le dijo que sus amigos lo estaban esperando.

“Déjalos al cuidado de Dios” contestó el Joven- “Él de cierto los protegerá y velará por ellos”.

El Joven fue tan gentil y tan amoroso, que Mullá Husayn debe haberse sentido de lo más feliz que él se hubiera sentido en su vida. El Báb lo condujo a una casita donde llamó a la puerta. Un sirviente etíope les permitió la entrada. El propio Báb trajo agua para que Su visitante se lavara sus manos luego oraron juntos y, en su oración Mullá Husayn nuevamente pidió a Dios que le ayudara a encontrar al Prometido.

En tanto ambos jóvenes platicaban, sucedió algo que aún hoy en los años venideros, a todos nosotros nos hará recordar ese día de hace muchos años. Sucedió más o menos después de la puesta del sol. El Báb, con gran amor y gozo dijo a Mullá quién era Él. Mullá Husayn quedó tan asombrado que de momento no pudo creer la buena nueva. Pero, mientras el Báb continuó hablando, Mullá Husayn reconoció que ningún otro podría ser tan sabio. Por lo tanto, aquel Joven debía ser el Báb. El tiempo pasó tan rápidamente que hablaron durante toda la noche y Mullá Husayn no se dio cuenta sino hasta que oyó la llamada para la oración de la mañana.

“Esta noche”, -dijo el Báb- “en días venideros, será celebrada como una de las más grandes de las festividades”.

Precisamente, por primera vez el Báb había declarado a alguien quién era Él. Antes de despedirse aseguró a Mullá Husayn que él había sido el primero en creer en Él. Más tarde, otras diecisiete almas lo encontrarían tal como Mullá Husayn lo había encontrado. A nadie debía hablar acerca de Él, porque cada uno debería encontrarlo por su propio esfuerzo. Cuando todos los diecisiete conocieran el Gran Secreto, Él los enviaría a decir al mundo entero que el nuevo Mensajero de Dios había llegado.

Cuando Mullá Husayn se despidió del Báb estaba tan excitado y tan feliz, que temblaba y apenas podía caminar. La gente que lo vio debe haberse preguntado qué le habría sucedido. Él vio al Báb muchas veces después de aquella noche, pero siempre guardó su gran secreto.





Historias del Báb

Aun cuando el Báb era el “Prometido a Quien Dios había enviado para hablar a la gente sobre el Nuevo Día, nadie lo supo sino hasta que Él cumplió los veinticinco años. Sus padres murieron siendo Él aún muy niño y tuvo que ir a vivir con su tío. Como en ese tiempo no había escuelas como ahora, ni libros para estudiar, excepto el Corán, su tío lo puso al cuidado de un hombre que se encargó de esta enseñanza. Desde un principio Él aprendió con tanta rapidez que su maestro no pudo comprenderlo.

Un día el maestro le pidió que recitara las primeras líneas del Corán, pero el muchacho dijo que no podría recitarlas a menos que él supiera lo que significaban. Deseando ver lo que el muchacho haría, el maestro pretendió desconocer el significado de las palabras. “Yo sé lo que estás palabras significan” –dijo el muchacho- “con su permiso yo las explicaré”. Y habló de ellas de un modo tan sabio y tan claro que su maestro quedó asombrado. El comprendió entonces que el Báb no necesitaba de un maestro.

Al día siguiente, el maestro llevó al muchacho a la tienda del tío y le dijo: “Se lo devuelvo. Él no debe ser tratado como un niño, porque en Él existe un poder misterioso”. Sin embargo, el tío del muchacho no quiso que Él abandonara sus estudios. Mirándole con firmeza le dijo que Él debería hacer lo que los otros niños hacían, sentarse quietamente y escuchar cuidadosamente todas las palabras dichas por su maestro. El Báb prometió hacerlo así y regresó a la escuela. Pero Él nunca pudo ser como los otros niños. Él ya conocía en Su alma todas las cosas sin que le fueran enseñadas. Finalmente, Su tío lo sacó de la escuela y le permitió que le ayudase en su negocio.

Algunos años después el Báb se casó y de esta unión nació un niño. Este niño fue llamado Ahmad y, por supuesto, era la adoración de sus padres. Pero un día, siendo Ahmad muy pequeño enfermó gravemente y murió. Demás está decir que sus padres lo echaron de menos grandemente; pero a pesar de esto, el Báb no se sintió triste. Él sabía que Dios tenía para Su hijito un lugar escogido. Y oró porque algún día Él, también, pudiera morir de tal modo que demostrara Su amor a Dios. Y Dios contestó a Su Plegaria. Más tarde contaremos cómo murió el Báb.

En Persia, la ciudad donde el Báb vivía, el verano es muy caluroso. Esto no impedía que Él pudiera orar muchas horas al día en la terraza de Su casa. Las casas en Persia están edificadas con terrazas en donde la gente suele sentarse por las tardes cuando está fresco. Pero el Báb no esperaba la tarde.

Cada viernes por la madrugada Él subía a la terraza y oraba hasta que el sol se levantaba. Al mediodía, cuando el sol estaba ardentísimo, Él volvía para orar de nuevo y permanecía tan profundamente abstraído en Su oración, que parecía no sentir los ardientes rayos del sol.

Allí Él permanecía hasta entrada la tarde, meditando y orando, con Su corazón lleno de amor y gozo. Por supuesto, algunos llegaron a pensar que Él estaba orando al sol; desde luego, esto no era verdad. Para Él, el sol era únicamente un signo de Dios.

El Báb era muy gentil y bondadoso con todos los que encontraba. Nunca Él deseó algo para sí mismo, siempre dio lo mejor de todo a los otros. Esto hacía a la gente completamente feliz, tanto como para desear estar siempre cerca de Él. Era el gozo más grande del mundo escuchar su voz y, por supuesto, era muy honesto y cuidadoso de las cosas que pertenecían a otros. He aquí una historia que se cuenta de Él:

Un día, mientras atendía Su negocio, un hombre llegó y le dio algo para vender, al tiempo que le indicó cuál era el precio justo. Cuando el Báb le envió el dinero había más de lo que el hombre le había pedido por el artículo. Así el hombre le escribió para comunicárselo, a lo cual el Báb le contestó: “Lo que envié es enteramente su valor. Hubo un tiempo en que lo que usted tuvo la confianza de depositar en mí, tenía un valor más alto. Fracasando en venderlo a ese precio, hoy me siento obligado a ofrecerle el total de esa suma”.

El Báb sintió que era culpa Suya no haber vendido el artículo en su tiempo, por lo tanto, envió al hombre el dinero extra además del que Él recibió. Quizás no cualquiera habría hecho lo mismo.

¿No es maravilloso que todo el mundo lo amara? Aun siendo un niño la gente debe haberlo amado mucho, Él nunca pudo soportar el tratar mal al prójimo.





Las Letras del Viviente

Después que Mullá Husayn hubo encontrado al Báb, le visitó muchas veces. Siempre iba de noche para que ninguno lo viera, porque el Báb le había dicho que cada quien debería encontrarlo por sí mismo. Cada día Mullá Husayn esperaba ansiosamente que la noche llegara para poder estar con el Báb. Una noche, el Báb le dijo: “Mañana, trece de sus compañeros llegarán. A cada uno de ellos extendiendo mi más bondadoso amor”. Luego le pidió que orara para que, también, Dios guiara a estos hombres hacia la presencia del Prometido.

A la mañana del día siguiente, trece amigos de Mullá Husayn llegaron a la ciudad. Uno de ellos llamado Alí, notó que Mullá Husayn estaba muy feliz y parecía que no se preocupaba ya por buscar al Prometido. Alí preguntó, ¿cuál era la causa de su felicidad, que si esta se debía a que él ya había encontrado al Prometido?

Enseguida él se dio cuenta de que Mullá Husayn en verdad lo había encontrado. Le suplicó que le mostrara el camino hacia Él, pero Mullá Husayn sacudió su cabeza negativamente y dijo: “Por favor, no me pidas eso, no puedo hacerte este favor. Déjalo a la confianza que tienes en Él, porque Él seguramente guiará tus pasos”.

Alí contó a los otros lo sucedido y todos oraron a Dios para que Él los condujera al Báb. A la tercera noche después de lo sucedido, mientras Alí estaba orando, tuvo una visión. En esta visión le pareció ver una luz que se movía delante de él. Él se vio así mismo siguiendo la luz y encontrando al Prometido.

Era de noche, pero aun él se levantó y se fue para la casa de Mullá Husayn. Abrazándole cariñosamente le contó de su visión, por lo cual Mullá Husayn estuvo muy gozoso y dijo: “Alabado sea Dios que nos ha guiado hasta este lugar”.

Cuando el día llegó, él llevó a Alí al hogar del Báb. En la puerta estaba parado el sirviente etíope quien les informó que antes del alba, su Señor le había llamado y le dijo que abriera la puerta y estuviera listo. “Dos huéspedes, llegarán de madrugada esta mañana”. –Él me dijo – “Diles a ellos de mi parte: “Entren en el nombre de Dios”.

Mientras los tres platicaban esa mañana, todo el aposento pareció iluminarse. Ellos sintieron como un nuevo y hermoso día había llegado.

Cada uno de los doce compañeros de Alí también encontró al Báb. Algunos soñaron con Él otros tuvieron una visión de Él. Y así sucedió hasta que diecisiete lo encontraron y llegaron a ser Sus discípulos. Esto significa que ellos estuvieron listos para partir y hablar acerca del Nuevo Día.

El Báb los llamó “Las Letras del Viviente”. Una de ellas fue una mujer.

La noche siguiente, mientras el Báb seguido por Mullá Husayn se dirigía a Su casa, un joven que lucía cansado y empolvado de viajar se apareció y abrazó a Mullá Husayn : “¿Por qué tratas de esconderlo de mí? Yo puedo reconocerlo por su modo de caminar”.

Esto significaba que él conocía al Báb hasta por su modo de caminar. Mullá Husayn le pidió que esperara un momento. Entonces corrió hacia el Báb y le contó lo del viajero. “No te maravilles” –dijo el Báb- “ante su extraño comportamiento. Nosotros lo conocemos ya. Nosotros, en verdad, esperábamos su llegada. Condúcelo a nuestra presencia”.

Así el joven fue conducido a presencia del Báb y saludado con gran alegría. El nombre de este joven era Quddús. Y ahora había dieciocho Letras del Viviente listas para salir y contar de la venida del Prometido.





Los mensajeros del Báb

Después de que el Báb tuvo reunidos a sus dieciocho discípulos, los tituló “Las Letras del Viviente”. Considerando que era el tiempo para enviarlos a través del país, con el objeto de que anunciaran a la gente que el Prometido había llegado, Él les hizo llamar a Su presencia porque quería hablar con ellos.

Al primero que el Báb llamó fue a Mullá Husayn, por quien Él sentía un amor especial. Le habló sobre algo sumamente maravilloso que le sucedería en el futuro. Mullá Husayn debería ir a muchas ciudades para dar Su mensaje, Luego debería ir a una gran ciudad llamada Teherán.

“En esa ciudad yace oculto un secreto” – dijo el Báb – “que cuando sea manifestado convertirá al mundo en el paraíso”. No le dijo a Mullá Husayn lo que encontraría en Teherán, pero aquel comprendió que sería algo muy bello como para cambiar el mundo en el paraíso.

A las otras Letras les dijo: “Vosotros sois los portadores del Nombre de Dios en este Día”, Significaba que ellos debían ser para todo el mundo, los anunciadores del Nuevo Maestro que Dios había enviado.

Les dijo, además, que ellos deberían hacer solamente aquello que Dios quisiera que ellos hicieran, porque entonces la gente se daría cuenta de que estaban diciendo la verdad y serían atendidos. Dijo que sus manos y sus pies y sus hechos hablarían y servirían a la humanidad y que todos se darían cuenta de que eran discípulos de Dios, quienes estaban tratando de seguir sus mandamientos. No les sería necesario hablar, pero sus manos y pies hablarían por sus servicios a la gente.

También les dijo que Dios tenía gran poder y les ayudaría en todas sus dificultades. Solamente les sería necesario poner su confianza en Él y Él les ayudaría. Luego terminó así:

“Levantaos en Su nombre, poned toda vuestra confianza en Dios, estad seguros de la victoria final”.

No debe maravillarnos que ellos se sintieran tan fuertes y tan entusiasmados cuando se lanzaron a enseñar la Fe, aun cuando deben haberse sentido muy tristes al separarse de Él.

Antes de dispersarse por todo el país, cada uno de ellos inicialmente se fue al lugar de su propio hogar para dar el mensaje a su gente. Muchos pensaron que las Letras del Viviente estaban en un error. Por tal razón, algunos de ellos fueron encarcelados, otros fueron apaleados, o sufrieron de otra manera. Nada podría sucederles hasta que su obra fuese terminada. Por consiguiente,

ellos continuaron enseñando acerca del Prometido y diciendo a la gente que el mundo habría de mejorarse por los favores de Él.

Muchas personas se sintieron alegres cuando recibieron de ellos el mensaje. He aquí la historia de un hombre que lo escuchó todo:

Un día, en la casa de un amigo, este hombre oyó a Mullá Husayn hablar acerca del Prometido. Cuando hubo terminado su charla, el hombre le preguntó ansiosamente: “¿Cuál es Su nombre?” “No me es permitido decir Su nombre” –dijo Mullá Husayn “pero si tú oras Dios te ayudará para conocerlo”.

Entonces el hombre pidió permiso a sus amigos para entrar en otro cuarto donde estaría solo y podría orar en seguida. Ni siquiera pudo esperar hasta llegar a su propio hogar. Mientras estaba orando recordó el rostro de un joven a Quien había visto orando en el Santuario en Karbilá. Y, ahora veía su cara nuevamente. En su visión el Joven parecía sonreírle y el hombre se acercó para postrarse a sus pies. Estaba agachándose cuando la visión desapareció, pero el hombre tuvo la confianza de que su oración había sido contestada y que él había visto al Prometido.

Cuando volvió a los otros y les contó de su visión. Mullá Husayn le dijo que él, en verdad, había visto al Báb. “No declares tu visión a nadie”, le dijo Mullá Husayn “aún no ha llegado el tiempo”. Entonces le prometió que más tarde vería al Báb en Shiráz, cuando fueran juntos a ver al Prometido.





El mensaje a Bahá'u'lláh

Mientras que las demás Letras del Viviente estaban ocupadas en enseñar en sus propios hogares, Mullá Husayn se fue a la gran ciudad llamada Teherán. Todos los días él salía de su cuarto muy de mañana y daba el mensaje a todo aquél que quisiera escuchar algo sobre el Prometido. Luego, después de la puesta del sol, regresaba a su cuarto.

Recordemos lo que el Báb había dicho a Mullá Husayn sobre Teherán: “En esa ciudad yace oculto un secreto.” Cuán a menudo Mullá Husayn debe haber meditado sobre esto y cómo debe haber tratado de descifrar su significado.

En verdad, Mullá Husayn debe haber adivinado una parte del secreto, porque él creía que encontraría en Teherán al otro Prometido que Dios habría de enviar después del Báb, para derramar Su luz sobre el mundo entero. En vista de que Mullá Husayn sabía que Dios enviaría a dos Maestros Divinos en vez de uno, él siempre se mantenía a la expectativa y muy atento a la llegada del otro Prometido.

Si nosotros amamos a Dios y nos esforzamos en obedecer Su voluntad, las cosas se suceden de una manera maravillosa. De este modo Mullá Husayn descubrió el secreto de Teherán:

Una noche como a las doce, un hombre llamó a su puerta. Mullá Husayn no esperaba a aquel hombre, pero le invitó a entrar en su habitación y le habló concerniente al Báb. Al final le preguntó al visitante “¿Dónde vive usted?” “Mi hogar está en Núr” – contestó el hombre. “¿Conoce usted allá por casualidad a un Joven quién es muy sabio y bondadoso, que emplea Su tiempo en ayudar a los desafortunados?” “Le conozco”, - contento el hombre- “a menudo le he visitado en su casa”.

Aquella respuesta regocijó de tal manera el corazón de Mullá Husayn, que el hombre quedó atónito. Él no pudo comprender por qué aquel estaba tan feliz. Mullá Husayn no le explicó la causa de su felicidad, pero rogó al hombre que le hiciera el gran favor de entregar un pergamino, o sea una carta, a ese Joven y traerle la respuesta si él la recibiera. Al amanecer, Mullá Husayn entregó al hombre el pergamino.

Ya ustedes habrán comprendido que el Joven de Núr era el otro Prometido, el segundo Maestro Divino que Dios había enviado, Su nombre era Bahá'u'lláh. Por supuesto, el mensajero al poner en sus manos el pergamino no sabía de quién se trataba; pero el armonioso sonido de su voz mientras leía la carta en voz alta, le hizo feliz. Luego Bahá'u'lláh entregó al mensajero un mensaje y un regalo consistente en azúcar y té, todo lo cual él debía llevar de regreso a Mullá Husayn. Este regalo puede parecernos muy extraño, pero en Persia en ese tiempo la gente no disponía de mucha

azúcar y té y Mullá Husayn estuvo muy agradecido al recibirlos. Él se sintió tan emocionado y feliz que casi no pudo hablar. Se levantó rápidamente, aceptó el regalo y besó al hombre. Luego, mientras le daba un abrazo le dijo:

“Mi muy querido amigo, ruego a Dios que llene su corazón de alegría, así como usted ha regocijado mi corazón”. El hombre no pudo comprender qué fue lo que hizo nacer estos sentimientos en el corazón de Mullá Husayn. “¿Quién sería Aquel Hombre a quien él había llevado la carta?” – Se preguntaba.

Pocos días después, cuando Mullá Husayn salió de Teherán para otra ciudad, llamó al mensajero y le dijo: “No reveles a nadie lo que has visto y oído. Deja que esto quede en secreto, oculto en tu corazón”. Entonces Mullá Husayn le explicó que, si él revelaba el nombre del Joven, sus enemigos tratarían de hacerle daño. Al contrario, él debería orar para que Dios cuidara y ayudara a ese joven para que Él, a su vez, pudiera ayudar a los pobres y a todos los afligidos.

De este modo Mullá Husayn encontró a Bahá'u'lláh, el Prometido. Sin embargo, él no debería hablar a nadie sobre esto hasta que el tiempo fuese señalado, antes que nada, él tenía que hablar a la gente sobre el Báb y el Nuevo y Hermoso Día que había llegado para todos los hombres de la tierra.





El sueño del padre de Bahá'u'lláh

Una noche el padre de Bahá'u'lláh tuvo un sueño muy extraño. Soñó que su hijo nadaba en un gran océano. Su cuerpo brillaba con tanta luz que toda el agua a su alrededor estaba iluminada, de su cabeza emanaban rayos de luz que se dispersaban a todas partes. Mientras que Él nadaba, su cabellera larga y azabache flotaba sobre el agua alrededor de su cuerpo. En tanto el padre lo miraba, una multitud de peces se acercó al muchacho y cada uno asió en su boca uno de los cabellos de su cabeza. A cualquier parte que él nadaba lo seguían los peces también, pero no le hacían daño alguno ni le impedían nadar hacia donde Él quería ir.

Al día siguiente el padre de Bahá'u'lláh buscó a un intérprete de sueños y le dijo:

¿Puede usted interpretar este sueño? Me tiene muy perplejo.

“El océano alrededor de su hijo significa el mundo” –dijo el intérprete – “Los muchos peces significan las pruebas que Él tendrá en dar el Mensaje de Dios a la humanidad. Estas le acecharán, pero serán impotentes para impedirle llevar a cabo Su obra para Dios.

El padre de Bahá'u'lláh era muy rico y vivía en una casa grande, o sea una mansión, llena de hermosos muebles y lujosamente adornada. Era muy bondadoso, muy generoso. Regalaba grandes cantidades de dinero a los pobres de los alrededores. Por supuesto, él tenía muchos amigos y siempre estaba de lo más feliz cuando hacía algo en bien del prójimo.

Veamos ahora cómo se cumplió el sueño del padre de Bahá'u'lláh:

Transcurridos 20 años, las calamidades empezaron a llegar. Primero un diluvio descendió de las montañas cercanas a la aldea donde el padre de Bahá'u'lláh vivía. El agua barrió con todo lo que encontró a su paso, se llevó la mitad de la mansión con todo y sus hermosos muebles y ricos adornos. Hoy ya no era tan rico como en otros tiempos, pero continuaba ayudando en cuanto podía a todos aquellos que lo necesitasen. Luego, algunos de los que él creía que eran sus amigos, trataron de arrebatarle el puesto de Ministro de Gobierno que él tenía. Sin embargo él permanecía calmado y feliz, y ellos no pudieron disputar con él.

Cuando Bahá'u'lláh alcanzó la edad adulta, empezó a llevar el mensaje de Dios a la gente. No decía que Él era el Maestro Divino porque el tiempo aún no había llegado. Enseñaba sobre el mensaje del Báb, primero en su viejo hogar, donde la gente se congregaba para oírle y parecía que no era suficiente para ellos escuchar lo que brotaba de Sus labios. Bastaba escuchar su voz para sentir el impulso de amarle.

Los hombres importantes de su aldea le hacían preguntas sobre la política, sobre el Sháh o Rey del país. Pero Bahá'u'lláh no tenía interés en estas cosas, sino que quería hablar sobre Dios, sobre el Báb y el Nuevo Día, y estaba dispuesto a correr una larga distancia en cualquier momento para poder hablar de Su mensaje. Y pasaron cosas maravillosas. La gente decía que aún las piedras y los árboles eran diferentes al impulso de su presencia. Todo lucía mejor y parecía decir:

“Mirad, aquí está la Belleza de Dios”. Más tarde uno de los nombres de Bahá'u'lláh fue el de la “Bendita Belleza”.

De esta manera Bahá'u'lláh empezó a llevar el mensaje de Dios a la gente, pero todavía no declaraba que Él era el segundo Maestro Divino, acerca del cuál ellos habían leído en el Corán.

Alrededor de este tiempo, el Báb estaba pensando hacer un largo viaje a otra ciudad llamada Meca. Hubo un motivo que le impidió hacer este viaje y fue el siguiente: la gente de las cercanías tenían urgente necesidad de Sus enseñanzas en persona.

Pero un día recibió un mensaje de Mullá Husayn en el cual le decía que Bahá'u'lláh estaba enseñando con mucho éxito. Esta noticia lo hizo muy feliz porque Él sabía que podría ahora hacer Su viaje, ya que siempre habría uno para hablar a la gente sobre el Prometido y el Nuevo Día.



La tempestad

En los días que vivieron el Báb y Bahá'u'lláh, no existían barcos de lujo ni comodidades como en la actualidad, pues solamente había barcos pequeños y sin motores que tenían que depender del viento para navegar, y por supuesto, no se podía viajar muy rápidamente.

Un día el Báb decidió hacer Su viaje a Meca. Meca era la ciudad donde Mahoma había vivido cuando estuvo enseñando en esta tierra. Cada año mucha gente que había amado a Mahoma y estudiado su libro, el Corán, iba a Meca para orar. El Báb sabía que encontraría mucha gente allí y que podría darle el nuevo Mensaje de Dios. Por esa razón, Él se lanzó al mar en compañía de Quddús, una de las Letras del Viviente y su sirviente.

Para llegar a Meca era necesario hacer el trayecto por barco y el tiempo que les tomó el viaje hasta llegar fue de dos meses. Una tempestad terrible los azotó. Las grandes olas deben haber parecido como montañas a la gente que ocupaba el barco. Tiraba de un lado a otro a los pobres pasajeros, hasta que casi todos ellos se marearon.

Pero el Báb y Quddús no estuvieron incómodos de ninguna manera. Los otros viajeros estuvieron muy asustados de la tempestad, pero estos dos sabían que Dios los cuidaría y no tenían temor. Todos los días Quddús escribía las bellas oraciones y máximas o pensamientos que el Báb le dictaba. Aun cuando la tempestad fue pésima y los demás viajeros temían que el barco se hundiera dejándolos en peligro de ahogarse, el Báb y Quddús continuaban su trabajo como si no pasara nada.

Luego hubo otras molestias para ellos. El viaje se llevó tanto tiempo que todos los viajeros se encontraron al fin, sin suficiente agua para beber. El Báb escribió sobre este viaje a alguien y le contó que ellos tuvieron que satisfacer su sed con jugo de limones en vez de agua, durante varios días.

Aquellos que viajaban en este pequeño barco deben haber sufrido mucho, pero algo bueno surgió de sus sufrimientos. El Báb dándose cuenta de todas estas penas, rogó a Dios que hicieran más fácil el viaje por mar y, también que el peligro desapareciera. Y Dios contestó favorablemente a sus oraciones.

En muy pocos años los hombres aprenderían a hacer barcos mejores y más grandes, los cuales no serían tan dañados por las tempestades. Ellos aprenderían a usar máquinas en vez de velas para que los barcos pudieran navegar más rápidamente. Hoy se puede hacer en pocos días el mismo viaje que hizo el Báb en dos meses. Nosotros sabemos, por supuestos, que fueron las oraciones del Báb las que produjeron estos cambios, pero en aquella época la gente no se dio cuenta de esto.

No obstante la dureza del viaje, el Báb y Quddús alcanzaron finalmente el pueblo situado a la orilla del mar, cerca del lugar de su destino. Desde este punto ellos tuvieron que viajar por camello a través de un desierto muy ardiente y arenoso antes de llegar a Meca, ciudad que era llamada la Ciudad Santa, a causa de que Mahoma había vivido allí.





La aventura del desierto

Entre la ciudad de Meca y el lugar donde el Báb y Quddús dejaron el bote, había un desierto arenoso que ellos debían cruzar. Como en el desierto no hay mucha agua ocasionalmente los viajeros acudían a un pozo. Luego debían llevar consigo suficiente agua que durara hasta llegar al pozo siguiente.

En la época en que el Báb vivió en la tierra no había automóviles ni aeroplanos. Los caballos necesitaban gran cantidad de agua y por esa razón, raras veces eran usados en el desierto. Cuando alguien quería cruzar el desierto lo hacía cabalgando en camello, que es un animal que puede caminar largas jornadas sin agua. Y esto fue lo que hizo el Báb en su viaje hacia Meca.

Quddús, sin embargo, no quiso cabalgar, Él deseaba caminar precisamente al lado del Báb todo el camino, sosteniendo el freno del animal. De este modo el sentía que podría proteger mejor a su Maestro en caso de algún peligro. Y cada noche, desde que oscurecía hasta el amanecer, pasaba la mayor parte de las horas orando y velando por que ningún peligro acechase a su Maestro. ¡Cuánto debe él haber amado al Báb para hacer esto! Y todo el tiempo él estuvo muy feliz.

Ya hemos dicho que el sol es ardiente en el desierto. No hay sombra y la arena se pone tan caliente que es duro caminar sobre ella. Por esta razón ellos siempre partían muy de madrugada cada mañana, antes de que el sol se levantara.

Una mañana el Báb se detuvo en un pozo y desmontó del camello para hacer Su oración de la mañana. Él jamás se olvidaba de orar porque sabía que por la oración, Él podía estar cerca de Dios y saber lo que Él deseaba que hiciera. Mientras estaba orando, un hombre que vivía en el desierto vagando de un lugar a otro, apareció repentinamente cerca de los viajeros y, al ver que ellos estaban en oración, se acercó silenciosamente, arrebató la maleta del Báb que estaba sobre el suelo cerca de Él y huyó con ella.

Recordemos que, mientras ellos estuvieron en el bote navegando, Quddús había escrito las oraciones y escrituras del Báb. Por supuesto, estas oraciones y escrituras eran muy preciadas, porque hablaban del Prometido y del Nuevo Día, y ellas traerían grandes bendiciones a todo aquel que las leyera. Todos estos documentos estaban en la maleta que el vagabundo se llevó, el sirviente quiso correr tras el ladrón pero el Báb le obligó a regresar.

A nosotros nos parecerá extraño que Él hubiera permitido que el ladrón huyera con los documentos tan preciados, pero la siguiente es la razón que el Báb dio: El hombre que había robado los documentos los llevaría a diferentes lugares del desierto a donde él fuera.

De ese modo, mucha gente los leería y se enteraría de la venida del Prometido. Y, probablemente esta gente no sabría de esto de otra manera, pues ellos nunca iban a las grandes ciudades lejanas.

“No lamentemos, por consiguiente, la acción de él”, - dijo el Báb a su sirviente - “porque esto fue decretado por Dios, El Ordenador, El Poderoso”. “Esto significa que no debemos estar apesarados. Dios quiso que él huyera con los documentos”.



El cuento de Sádiq

Después de permanecer por un tiempo en Meca, el Báb y Quddús regresaron a sus hogares. En el camino de regreso el Báb dijo a Quddús que cuando llegaran a su propia ciudad debían de separarse, pues de este modo podrían enseñar en diferentes lugares. No podrían estar siempre juntos.

El Báb previno a Quddús de que la gente sería cruel con él, que nadie lo escucharía y finalmente lo matarían. Sin embargo, le prometió que traería un gran gozo para él, moriría por la Causa de Dios. Le prometió también, que antes de su muerte (la muerte de Quddús) él tendría una gran bendición. Quddús encontraría al segundo Maestro Divino a Quien Dios estaba enviando a la tierra.

¡Cuán feliz debe haber hecho esta promesa a Quddús! Él no temía nada de lo que la gente le pudiera hacer. Lo mismo sucedió con las demás Letras del Viviente y otros que amaron al Báb, todos fueron valientes porque conocían este gran secreto acerca del Báb y el nuevo Maestro quien estaba por venir.

Todas las cosas sucedieron tal como el Báb le había dicho a Quddús. Muchos no creyeron el Mensaje y fueron muy crueles. Uno de aquellos que creyeron las palabras de Quddús fue Mullá Sádiq, un maestro del Corán. Por dondequiera que Sádiq iba contaba sobre el nuevo Maestro o Profeta que Dios había enviado, hasta que, finalmente, aquellos que no querían escuchar estas cosas decidieron silenciarlo. Así, ellos lo apresaron y ordenaron que fuera mortificado, o castigado con mil azotes.

Como Mullá Sádiq era un anciano, ellos pensaron que no sería capaz de soportar el castigo, pero se llevaron una gran sorpresa. Todo el tiempo que estuvo sufriendo los azotes y la sangre brotando de las heridas, Mullá Sádiq permaneció calmado y sonriente, y hasta pareció que no sentía el castigo. La gente no pudo comprender esto.

Es sorprendente que Mullá Sádiq no sintiera los azotes. Él contó más tarde a un amigo que los primeros siete golpes fueron muy dolorosos, pero después, se preguntaba si realmente los azotes estarían siendo aplicados a su propio cuerpo, porque él no los sentía. De tan feliz que él estaba hasta puso sus manos sobre su boca para no reír fuerte. “Puedo hoy darme cuenta”, - dijo él - “de cómo el Libertador Poderoso es capaz, en un cerrar de ojos, de cambiar el dolor en tranquilidad y la preocupación en alegría”.

Dios es capaz de hacer huir nuestro dolor y hacernos felices si nos volvemos a Él y si tenemos confianza en Él como Mullá Sádiq lo hizo. Y Mullá Sádiq no fue el único que estuvo tan feliz de

servir al Báb, que no le importó que la gente fuera cruel con él. En verdad, cualquiera que vio a aquellos que dieron el Mensaje del Báb, no podría entender cómo ellos no sintieron temor ante las cosas terribles que les estaban sucediendo.

Sin embargo, nosotros conocemos el secreto. Ellos estaban seguros de que Dios cuidaba de ellos a cada momento y nada podría sucederles que Él no deseara para ellos y, por supuesto, eran muy felices porque amaban al Báb tan ardientemente, por que amar a la gente siempre nos causa felicidad.





La aprehensión del Báb

Después de haber sido tratado tan cruelmente, Mullá Sádiq y Quddús tuvieron que salir de la ciudad. El gobernador no les permitió quedarse por más tiempo, por temor de que la gente empezara a creer en su mensaje y se volviera contra él. Pero ellos no se afligieron por esto, pues luego podrían dar su mensaje a un nuevo lugar.

Cuando ambos hubieron salido de la ciudad, el malvado gobernador decidió apresar al Báb para que Él tampoco pudiera hablar a la gente. Así, él envió una tropa de soldados a caballo para que salieran a su encuentro y lo trajeran encadenado. Cuando los soldados pasaban por un lugar muy desolado, encontraron a un Joven que usaba un cinturón verde y un pequeño turbante, según las costumbres de los Siyyids que son comerciantes de profesión. El Joven iba a caballo y su sirviente caminaba detrás.

Los soldados se acercaron, el Joven los saludó y les preguntó a dónde iban. El jefe de los soldados le respondió que iban a cumplir un encargo del Gobernador, evitando así decir la verdad. Al oír estas palabras el Joven se sonrió y dijo:

“El gobernador les ha enviado para arrestarme. Aquí estoy, hagan conmigo lo que quieran. Al venir a su encuentro he acertado la distancia de su marcha y he hecho más fácil que me encuentren.”

El soldado quedó anonadado con esta respuesta. No pudo entender por qué el Báb no había huido cuando los vio, en vez de venir a su encuentro. Él no quería tomarlo prisionero y por eso pretendió no oír, pero el Báb se acercó a él diciéndole que Él nunca había dicho nada que no fuese verdad, que Él no tenía otro deseo que el de servir a los demás. En seguida dijo:

“Sé que me estás buscando. Prefiero entregarme en tus manos antes que someterte a ti y a tus compañeros a preocupaciones innecesarias por Mi causa.”

El soldado estuvo tan emocionado por estas palabras que bajó de su caballo y besó el estribo de la montura del Báb. Le rogó que escapara de ese lugar, para evitar que el Gobernador cruel y perverso lo tomara prisionero, explicándole que sus soldados no dirían a dónde Él se había ido.

Asegurando al soldado que Dios recompensaría su generosidad, el Báb rehusó huir. Le explicó que Dios le protegería y que nadie sería capaz de hacerle daño, sino hasta que su misión fuese terminada. Y al terminarla, él se sentiría muy feliz de morir por Dios a Quién Él amaba.

“Aquí estoy” – dijo Él – “entregame en manos de tu amo. No temas porque nadie te culpará”.

De este modo ellos entraron juntos a la ciudad, pero los soldados no quisieron encadenarlo. En todo el camino el Báb marchaba en la cabeza de la tropa de soldados, tan libre como ellos.

Cuando llegaron a la ciudad, a la residencia del gobernador, éste al ver al Báb le interrogó con desprecio. Al no entender un versículo del Corán recitado por el Báb, se enfureció, Le insultó y ordenó que Le dieran un fuerte golpe en la cara, lo que hizo que se cayera Su turbante; esto enfadó grandemente a otros que presenciaron tal escena. Confiaron al Báb a Su tío, con la garantía de que se presentaría ante cualquier petición del gobernador. Para ello el tío del Báb escribió y firmó una garantía.

La madre y la esposa del Báb estaban con el tío y se regocijaron mucho al encontrarse todos juntos nuevamente.

El Báb, a pesar de todas las dificultades y peligros, recibía a los fieles que llegaban a Shiráz. A veces los hacían después de haber recorrido centenares de kilómetros, la mayor parte a pie, para poder ver al Prometido de todos los siglos. Él les daba instrucciones para marchar y difundir la Buena Nueva por todo el país.



El pájaro blanco

Esta es la historia de cómo un pájaro blanco ayudó a alguien a encontrar al Báb. El hombre que lo encontró era llamado ‘Abdu’l-Karim y por muchos años había deseado muchísimo saber más acerca de Dios y de los grandes Maestros que Él había enviado a la tierra. Sabía que para conseguir esto debía pasar muchos años estudiando y orando.

Todos los días estudiaba y hablaba con sus amigos sobre las cosas que él había aprendido, y algunas veces él estudiaba hasta muy entrada la noche. Al fin de dos años aquellos que eran maestros del Corán le dijeron que él, también, ya estaba preparado para enseñar. Por supuesto, ‘Abdu’l-Karim se sintió feliz al oír esto y su padre quiso celebrarlo con una fiesta, pero él le pidió que esperara unos pocos días más.

Ahora bien, esta es la razón por la cual él pidió a su padre que esperara: ‘Abdu’l-Karim sentía que aún no era bastante sabio, ni estaba tan cerca de Dios como para enseñar a otros sobre el Corán. A pesar de que había estudiado tantos años, él comprendía que un maestro del Corán no debía cometer errores.

Por lo tanto él se encerró en su cuarto y oró toda la noche, pidiendo a Dios que le iluminara sobre lo que debía hacer. Y mientras oraba tuvo una visión. Le pareció ver a un hombre hablando a un grupo numeroso de gente. Sus rostros brillaban como si ellos estuvieran muy felices. El hombre les estaba recitando un verso que ‘Abdu’l-Karim conocía en el Corán; se dirigió hacia Él, pero justamente en ese instante desapareció de su vista.

Al día siguiente, ‘Abdu’l-Karim contó su visión a un hombre sabio que él conocía. “Aquél hombre” –dijo el sabio- “era Siyyid Kázim que ahora está en Karbilá. Todo aquel que lo escucha lo ama”. Esta noticia, por supuesto, hizo muy feliz a ‘Abdu’l-Karim. Ese mismo día él fue a Karbilá allí vio a Siyyid Kázim. Él era el hombre que había visto en su visión y estaba hablando sobre el mismo verso. Él estaba diciendo algo sobre el Prometido a aquellos que lo escuchaban.

“El Prometido” - decía Él – “vive en medio de esta gente. Preparen el camino para Él y purifíquense a sí mismos, para que ustedes puedan conocer Su belleza. Ustedes no deberían descansar ni un momento hasta encontrarlo”.

‘Abdu’l-Karim permaneció en Karbilá por un tiempo y luego regresó a su hogar. Todos los días él estaba muy ocupado, pero por la noche oraba y pensaba en el Prometido y pedía a Dios que lo ayudara a encontrarlo.

Una noche él tuvo otra visión. Vio a un pájaro blanco como la nieve, volando sobre su cabeza. Se posó sobre la rama de un árbol a un lado de él y con una voz suave dijo:

“¿Estás buscando la Manifestación, Oh, ‘Abdu’l-Karim? He aquí el año sesenta”, Luego voló y desapareció dejándolo muy feliz.

Todos los días ‘Abdu’l-Karim pensaba en esta visión del pájaro blanco. Unos años más tarde cuando él supo del Báb, corrió apresuradamente a Shiráz para verlo. El Báb estaba enseñando el Corán, pero cuando vio a ‘Abdu’l-Karim se detuvo y dijo con una voz que sonó exactamente como aquella del pájaro blanco:

“¿‘Abdu’l-Karim, estás buscando a la Manifestación?”

Estas fueron las mismas palabras que el pájaro blanco había dicho. Por lo tanto ‘Abdu’l-Karim comprendió que había encontrado al Prometido y se arrodilló a sus pies, demasiado feliz como para poder hablar, y, como el pájaro blanco había dicho, aquel era el año sesenta.



15. *La plaga*

En esta historia veremos cómo Dios salvó la vida del Báb, cuando el malvado gobernador lo hizo prisionero para condenarlo a morir. El gobernador no quería al Báb porque mucha gente se apiñaba a su alrededor para escuchar Su Mensaje. Por donde quiera que Él iba lo mantenía vigilado. Finalmente una noche llamó al jefe de policía de la ciudad y le ordenó que fuera inmediatamente a la casa donde el Báb permanecía.

Escondiéndose, él debía escalar la pared, llegar a la terraza y desde allí, entrar sorpresivamente y arrestar al Báb y a todos los que estuvieran con Él. También debía llevarse todos los libros que allí encontrase.

“Yo juro que esta misma noche” –dijo el gobernador- “tendré ejecutado al Báb, juntamente con sus inseparables compañeros”.

El jefe de la policía cumplió al pie de la letra aquello que el gobernador le había ordenado. Arrestó al Báb y a sus amigos y regresó a la casa del gobernador. Pero, en el camino, sucedió una cosa muy extraña.

Cuando llegaron a la plaza del mercado se encontraron con gente que caminaba de un lugar a otro, como si trataran de alejarse de algo. Todos parecían demasiado asustados para detenerse y hablar. Entonces ellos vieron una gran cantidad de cajas mortuorias, las cuales eran conducidas a través de la calle. Cada una de estas cajas mortuorias iba seguida por hombres y mujeres que gritaban y se lamentaban.

El jefe de policía detuvo a una de aquellas gentes para preguntarle qué había sucedido. Se le contó que esa misma noche una plaga había aparecido y ya habían muerto más de cien personas. Grandemente asustado el jefe de policía corrió a la casa del gobernador, pero el portero le indicó que el gobernador había huido llevándose a su familia fuera de la ciudad. Un miembro de la servidumbre había muerto por la plaga y alguien de su propia familia estaba enfermo.

El jefe no sabiendo qué hacer, decidió llevar al Báb a su propia casa y mantenerlo prisionero hasta que el gobernador regresara. Pero cuando llegó a su casa oyó llorar a alguien y se encontró con que su hijo se estaba muriendo. En su desesperación, el hombre se arrojó a los pies del Báb y le rogó que salvara la vida de su hijo.

“No lo castigues por la culpa que su padre ha cometido”, rogaba el hombre.

Confesó al Báb que él estaba muy triste por lo que había hecho y le prometió que nunca más

ejecutaría los malvados deseos del gobernador, aun cuando no pudiera conseguir algo más que hacer y muriera de hambre.

El Báb se encontraba precisamente en el momento de lavarse Su cara y Sus manos, tal y como Él siempre lo hacía antes de ponerse en oración. Le dijo al hombre que tomara un poco de agua para su hijo y que se la hiciera beber. Esto salvará su vida, dijo el Báb. El jefe de policía hizo lo que el Báb le había dicho y en seguida, su hijo comenzó a mejorar.

Más tarde el jefe de policía envió una carta al gobernador, en la cual le contaba lo sucedido y le rogaba permitir que el Báb se fuera, antes de que toda la gente de la ciudad muriera por la plaga. Por supuesto, el gobernador también estaba muy asustado y contestó que el Báb quedaba libre inmediatamente y que podía irse a donde Él quisiera.

Finalmente, el malvado gobernador fue destituido de su cargo por el Sháh y murió pobre y sin amigos. Como la misión del Báb aún no había terminado, pueden ustedes juzgar que nadie, ni aún un hombre tan elevado como el gobernador, fue capaz de dañarlo.





En el camino a Teherán

En la época en que estos sucesos tuvieron lugar, mucha gente, había conocido el Mensaje del Báb y lo seguían en grandes multitudes para escuchar Sus enseñanzas. Todos los que lo rodeaban lo amaban y harían todo lo que pudieran por Él. Ellos no se sentían atraídos de esta manera hacia los otros líderes de la ciudad. La mayoría de estos líderes eran muy orgullosos y crueles hacia aquellos que no pensaban igual a ellos. Estos líderes se sintieron tan celosos del Báb que finalmente determinaron librarse de Él.

Manúchih Khán era el gobernador de la provincia donde el Báb estaba enseñando. Era amigo del Báb y había aceptado Su mensaje. Por lo cual, cuando supo del plan perverso contra el Báb, Manúchih Khán decidió salvarlo. Aparentaría enviar al Báb a presencia del Sháh en Teherán y de esta manera lo haría salir de la ciudad.

Un día a la puesta del sol, el Báb con quinientos hombres de la propia guardia personal del gobernador dejaba las puertas de la ciudad con dirección a Teherán. Sin embargo, ellos no iban a Teherán. El gobernador había dado órdenes que, a cada pocas millas, una parte de la guardia regresara a la ciudad. Finalmente, quedaron con el Báb solamente tres de ellos, que eran los de mayor confianza del gobernador.

Por un camino poco transitado trajeron al Báb, de regreso a la ciudad, a la cual entraron al amanecer. Lo condujeron a la propia casa del gobernador en donde Él vivió tranquilamente por un tiempo. Solamente unos pocos amigos íntimos supieron en donde se encontraba.

No mucho tiempo después de esto, Manúchih Khán murió. Su sobrino, que no era amigo del Báb, vino a ser el nuevo gobernador de la provincia. En cuanto el nuevo gobernador descubrió que el Báb todavía se encontraba en la ciudad, lo comunicó al Sháh quién ordenó que el Báb fuera enviado a su presencia en seguida.

El viaje se hizo a caballo y duró muchos días. Muhammad Big-i-Chaparchí era el comandante de los soldados que fueron enviados con el Báb. Tanto él como sus soldados, pronto aprendieron a amar de tal modo a su prisionero que, si Él lo hubiese querido, ellos le habrían permitido gustosamente que se escapara. Pero el Báb nunca permitiría que ellos se pusiesen en peligro por Él. Nadie pudo ser más bondadoso de lo que Él lo fue en todo momento.

Al Báb le agradaba estar en el campo. Se sintió muy feliz cuando una noche acamparon sobre un hermoso cerro, rodeado de hortalizas y praderas. Para que estuviera cómodo, en dicho lugar se levantó una tienda para Él. Mientras se encontraba allí, el Báb recibió una carta y regalos de Bahá'u'lláh, lo cual le produjo tal alegría que todos se maravillaron al ver su cara radiante.

Bahá'u'lláh era el segundo Maestro Divino Enviado por Dios; pero hasta ese momento, Él aún no se había revelado a la gente.

Una noche, súbitamente se descubrió que el Báb no se encontraba en su tienda, pues estaba vacía y nadie sabía adónde había ido Él. Algunos de los guardias al principio tuvieron miedo y pensaron que el Báb había huido. Pero Muhammad Big los tranquilizó diciéndoles:

“Sin duda Él se ha retirado, en el silencio de esta noche de luna, a un lugar donde Él pueda estar en comunión con Dios y sin interrupción.”

Y efectivamente sucedió como Él lo dijo. Pocos minutos después el Báb regresaba sólo de la dirección de Teherán.

“¿Creyó usted que me había escapado?” Preguntó. Parecía tan feliz y ardiente que Muhammad Big se arrojó a Sus pies y le dijo: “Lejos está esto de mis pensamientos”.

Por un término de dos semanas ellos permanecieron en este hermoso lugar. Luego llegó un mensaje del Sháh en el cual informaba que él tenía que salir de Teherán en ese momento y no podría ver al Báb; que debía ser conducido al castillo de Máh-Kú y permanecer allí hasta nueva orden.

Por supuesto, el Báb sabía que sus enemigos habían pedido al Sháh hacer esto. Ellos creían que si el Báb era llevado a ese funesto lugar, sus amigos no lo podrían alcanzar. Con esto esperaban que la gente olvidara lo que había oído sobre la venida de un nuevo Maestro. Pero ellos no quisieron comprender que Dios hace Su Voluntad y nadie pudo evitar que Su Mensaje llegara a la gente.

Cuando el Báb dijo adiós a los soldados, Muhammad Big, con lágrimas en sus ojos pidió perdón al Báb por no haber sido suficiente bueno para Él. Pero el Báb le contestó que siempre lo recordaría por su bondad, y que todo aquel que oyera hablar de él en el futuro lo bendeciría. Los demás soldados besaron los pies del Báb y, con lágrimas en los ojos, le pidieron su bendición. Amorosamente el Báb dio las gracias a cada uno por sus bondades hacia Él.





El castillo de Máh-Kú

El castillo de Máh-Kú está situado sobre una montaña, en una parte muy alta de la ciudad. Al pie de la montaña había un pequeño pueblo, cuyos moradores eran ásperos y pendencieros. Solamente había un camino desde el castillo, el cual, atravesando el pueblo, daba a una puerta que permanecía siempre cerrada y guardada.

El encargado del castillo era un soldado llamado ‘Alí Khán-i-Máh-Kúí. Se mostraba muy severo y enemistado hacia el Báb y sus dos amigos, a quienes se les había permitido vivir con Él. Ninguno de los otros amigos era permitido ni siquiera en el pueblo.

Sin embargo, el Báb era tan gentil, que no pasó mucho tiempo sin que esta áspera gente comenzara a amarlo, justamente como les había sucedido a otros. En la madrugada muchos llegaban al pie de la montaña desde donde podían ver hacia Su ventana. Esperaban verlo por un momento y que Él bendijera su trabajo para el día. Pero ‘Alí Khán permanecía enemistado hacia el Báb y no permitía que los amigos se acercaran a Él. Un día sucedió algo extraño, algo que demostró cuán verdaderamente maravilloso era el Báb.

El Báb y los dos discípulos que estaban con Él en el castillo oyeron llamar a la puerta. Abriéndola vieron a ‘Alí Khán esperando para entrar, pero era un ‘Alí Khán muy diferente. Antes él había sido muy orgulloso y cruel. Hoy parecía mucho más suave con una mirada de sorpresa en su cara. Hasta vacilaba mientras caminaba dentro del cuarto hacia donde el Báb se encontraba sentado. Y en un instante, con gran asombro de los dos amigos que apenas podían creer lo que veían, se arrodilló a los pies del Báb. Libérame de mi perplejidad, le imploraba. Luego les contó una cosa extraña que le había sucedido, algo que él no podía entender.

Ese día al amanecer, ‘Alí Khán había cabalgado a través del pueblo hasta las afueras de la población. Era tan de mañana que no vio a nadie excepto a un hombre que estaba parado a la orilla del río, en actitud de oración. Se acercó y, para su asombro, vio que aquel hombre era el Báb, ‘Alí Khán se dirigió hacia Él para reprenderlo por haber abandonado el castillo, pero el Báb estaba tan abstraído en Su oración que no lo escuchó. Entonces ‘Alí Khán decidió que lo dejaría allí por un momento, mientras regresaba al castillo para castigar a los guardias por haberle permitido salir.

Cuando llegó al pueblo se sorprendió al encontrar la puerta cerrada. También la puerta del castillo estaba cerrada y con llave, tal como él la había dejado al salir. Y cuando la puerta fue abierta, allí estaba el Báb sentado delante de él. Imagínense ustedes cuan asombrado quedó, pues justamente él creía haber dejado al Báb cerca del río.

“Estoy enteramente confundido. No sé si me ha abandonado la razón”. Dijo ‘Alí Khán al Báb, insinuando que tenía miedo de estar perdiendo la razón.

“Lo que habéis visto es verdadero e innegable. Usted menosprecia esta Revelación y ha ignorado desdeñosamente a Su Autor”. –Respondió el Báb.

Luego explicó que Dios quiso mostrar a ‘Alí Khán de esta manera, que el Mensaje del Báb era verdadero. Dios quiso que él conociera cuán maravilloso era Su Poder y que amara a este Maestro que Él había enviado.

Desde este día ‘Alí Khán estuvo tan cambiado que la gente del pueblo apenas lo conocía. En vez de ser cruel y orgulloso, hoy se mostraba bondadoso y gentil. La puerta del castillo aún permanecía cerrada por la noche, pero durante el día se dejaba abierta. Todo aquel que deseaba ver al Báb podía entrar, todos los días ‘Alí Khán le llevaba frutas frescas, o algo que Él deseara comer.

Mientras el Báb estuvo prisionero en este castillo, escribió un Libro llamado “El Bayán Persa”, la obra más penetrante, luminosa y amplia de cuantas escribiera. En este libro Él expuso las leyes que la gente debía obedecer, y refirió algo relacionado con el otro Maestro Divino que Dios había enviado, urgiendo a todo el mundo a que trataran de encontrarlo.

El Sháh pensó que al enviar al Báb al castillo de Máh-Kú, él lo estaba “enviando a un sitio donde no sería capaz de ver y de hablar a la gente”. Pero sucedió lo contrario, toda la gente que vivía en las montañas, en los alrededores del castillo, escuchó Su Mensaje y todos llegaron a ser sus amigos.





El sueño de ‘Alí-Khán

Un día, mientras el Báb continuaba prisionero en el castillo de Máh-Kú, Mullá Husayn llegó a visitarlo. ¡Cuán feliz debe haberse sentido Él al saber que vería al Báb de nuevo! Esta visita significaba mucho para él porque anduvo todo el camino, en un largo y penoso viaje. Sus amigos quisieron darle muchas cosas para facilitarle el viaje, pero él no quiso tomar ninguna. He aquí la historia de cómo él llegó al castillo de Máh-Kú:

La noche anterior a la llegada de Mullá Husayn era la víspera del año nuevo. Esa noche ‘Alí Khán, tuvo un sueño. En este sueño él supo que Mahoma, el Profeta de Dios, iba llegar pronto a Máh-Kú, que iba venir directamente al castillo con la intención de visitar al Báb y felicitarle con la ocasión de la festividad de año nuevo. Bastante excitado ‘Alí Khán corrió a su encuentro. Anduvo hacia el río y cuando llegó al puente vio a dos hombres que venían hacia él, caminando uno delante del otro. Pensó que el primero de ellos era Mahoma y corrió hacia Él. Estaba para arrojarse a Sus pies cuando despertó. Se sintió más feliz de lo que jamás se hubiera sentido en su vida. Le pareció como si estuviera en el cielo. Y así él estuvo seguro de que todo lo que le parecía soñar era más que un sueño.

‘Alí Khán dijo su oración de la mañana y se vistió con sus ropas más elegantes. Luego se fue para el lugar en que, en su sueño, él había visto a Mahoma. Ordenó a sus sirvientes que prepararan tres de sus mejores y más veloces caballos y los llevó inmediatamente al puente. Era de madrugada y el sol justamente se levantaba cuando ‘Alí Khán caminaba hacia el río. En el puente, tal como lo había soñado, vio venir a dos hombres que caminaban uno tras otro.

‘Alí Khán cayó a los pies de aquél quién creía que era el Profeta Mahoma y los besó con devoción y le rogó a él y a su compañero, que montaran los caballos el resto del camino. Pero aquel que él creía que era Mahoma le dijo:

“No” fue su respuesta “he prometido completar la marcha a pie.” “Caminaré hasta la cima de la montaña y allí visitaré a vuestro Prisionero.”

El visitante no era Mahoma, como ‘Alí Khán había soñado, sino Mullá Husayn. ‘Alí Khán caminó adelante hasta que ellos llegaron al castillo. Allá los esperaba el Báb. Ante Su presencia Mullá Husayn se inclinó con reverencia, pero el Báb lo abrazó efusivamente. Luego, tomándolo de la mano, lo condujo al interior del castillo, donde todos juntos celebraron la Fiesta del Naw-Rúz.

Hasta ese momento a ninguno de los amigos del Báb, excepto a los dos que vivían con Él, se les había permitido pasar la noche en el castillo, pero ese día ‘Alí Khán dijo al Báb:

“Si tenéis a bien quedaros con Mullá Husayn esta noche, estoy dispuesto a cumplir con Vuestro deseo, pues no poseo voluntad propia. Así pues, por tanto tiempo como gustéis que se prolongue su estancia, me comprometo a cumplir Vuestra orden”.

En tanto Mullá Husayn permaneció en el castillo, el Báb le dijo:

“Pocos días después de vuestra partida de este lugar” “Nos trasladarán a otra montaña. Al poco de llegar a vuestro destino, os llegarán noticias de Nuestro traslado de Máh-Kú”.

Sucedió tal como el Báb lo había dicho. Fue enviado a otro castillo porque ‘Alí Khán había llegado a ser tan amigable con Él, que a muchos de sus amigos les era permitido visitarlo.

En lo que respecta a Mullá Husayn, caminó todo el trayecto de regreso a su hogar, así como había caminado hasta el castillo Máh-Kú. En uno de los lugares donde Mullá Husayn se detuvo, supo del traslado del Báb a otro lugar.



19. Táhirih

Hemos oído bastante de muchos hombres que conocieron el Mensaje del Báb y estuvieron listos para hablar a otros sobre Él. Ahora vamos a saber de una mujer muy maravillosa, que también viajó para dar Su Mensaje. Su nombre era Táhirih y era muy hermosa y buena. Ella escribió muy bellos poemas.

En aquella época las mujeres de Persia no actuaban libremente en su medio, como lo hacían los hombres. Cuando por una necesidad ellas tenían que salir a la calle, usaban velos sobre sus rostros para evitar ser vistas. Táhirih también, uso tal velo por muchos años. Sin embargo, después de algún tiempo, ella no creyó necesario que las mujeres se sujetaran a esta costumbre y fue la primera en salir de su hogar sin velo.

Táhirih fue una de las Letras del Viviente. Las Letras del Viviente fueron los primeros dieciocho discípulos o seguidores del Báb. Todos fueron hombres, excepto Táhirih. Y es justo reconocer que ella no necesitó ver al Báb para creer en Él y en Su Mensaje. Tan pronto como ella conoció el Mensaje por medio de otra persona, comprendió que era verdadero. En seguida ella envió una carta al Báb, en la cual le decía cuán feliz era por haber conocido Su Mensaje, el que ella creía que era verdadero. El Báb le contestó esta carta y la nombró una de Las Letras del Viviente.

De ahí en adelante, Táhirih pasaba sus días hablando a todo aquel que quería escuchar el Mensaje del Báb. Desde luego, no pasó mucho tiempo sin que la gente que no quería al Báb, comenzara a tratar de hacerle daño. Ellos deseaban silenciarla y por fin fue apresada en el hogar de uno de ellos y no se le permitió ver a nadie.

Táhirih sabía que ellos deseaban matarla justamente como lo habían hecho con los otros discípulos del Báb. Pero ella no sentía ningún temor porque estaba segura de que Dios la cuidaría. Por lo tanto, dijo a quienes la guardaban prisionera que probaría que el mensaje que ella estaba dando era realmente de Dios. Dijo que si su mensaje era verdadero Dios la libertaría de la casa en donde estaba encerrada y guardada en el curso de nueve días. Por supuesto, ellos nunca pensaron que esto fuera posible, pero nosotros veremos lo que sucedió.

En ese tiempo Bahá'u'lláh decidió que Táhirih fuera libertada. Él determinó demostrar a la gente que el mensaje del Báb era realmente de Dios. Envío por uno de sus amigos y le ordenó que fuera por Táhirih y la condujera a Su casa (la casa de Bahá'u'lláh) en la ciudad de Teherán.

He aquí como el encargado de llevar a cabo esta labor hizo el traslado de Táhirih a Teherán:

Este señor instruyó a su esposa para que ella se disfrazase de limosnera y así nadie podía reconocerla. Ya disfrazada, inmediatamente se fue para la casa donde Táhirih estaba prisionera y le dio una carta de Bahá'u'lláh. Esta carta le indicaba precisamente lo que tenía que hacer. La mujer esperó en la puerta de la casa hasta que Táhirih se unió a ella. Luego ambas se apresuraron a llegar hasta donde estaba el marido. Por supuesto, Táhirih iba también disfrazada para que no pudieran reconocerla y detenerla.

El cumplimiento de la predicción que había pronunciado Táhirih aturdió incluso a los más escépticos de entre sus enemigos. Algunos se vieron avocados a comprender el carácter sobrenatural de la Fe que había abrazado ella voluntariamente.



El Nuevo Orden

Cuando uno de los Maestros Divinos viene a nosotros, nos deja leyes que debemos seguir fielmente si nos consideramos buenos creyentes. Después de muchos años algunas de estas leyes deben ser cambiadas porque la gente ha crecido ya en sabiduría y no las necesita por más tiempo. Esta historia nos muestra cómo algunas leyes del viejo orden fueron cambiadas.

Recordemos que Táhirih estaba viviendo en el hogar de Su Santidad, Bahá'u'lláh. Sin embargo, pasado un tiempo, Él decidió enviarla a otra ciudad. Esto no era fácil de hacer porque las puertas de la ciudad estaban vigiladas. No era permitido a las mujeres salir sin una carta o permiso. No obstante, aunque parezca extraño, los guardias no detuvieron a Táhirih ni a aquellos que la acompañaban; tampoco les preguntaron a dónde iban. Con esto se demuestra que los deseos de Bahá'u'lláh eran fáciles de cumplirse.

Pocos días después Bahá'u'lláh, también dejó la ciudad y viajó en la misma dirección. Más adelante fueron encontrados por Quddús que había venido a darle la bienvenida a Su Santidad. Toda la gente de los alrededores estaba muy excitada por la presencia de Bahá'u'lláh y Quddús. Algunos se mostraban tan contentos que harían cualquier sacrificio por ellos. Otros estaban llenos de odio y deseaban causarles daño.

Esto es lo que pasa siempre que Dios envía a los Maestros Divinos, la gente puede amarlos mucho, muy ardientemente, o temerles y desear dañarlos. Esto depende de lo que está en el corazón de cada persona. Si los corazones son bondadosos y buenos, entonces aman a estos Maestros, pero si son malvados, no desean escucharlos.

Estamos ahora al principio del verano, Su Santidad Bahá'u'lláh alquiló tres jardines, uno para Táhirih, uno para Quddús y el otro para Él mismo. Cuando los amigos supieron esto, muchos vinieron para estar cerca de ellos. Finalmente se habían reunido ochenta y uno de ellos. Todos eran huéspedes de Bahá'u'lláh.

“Un día la enfermedad obligó a Bahá'u'lláh a guardar cama. Nada más saber de su indisposición, Quddús se apresuró a visitarle. Una vez presente ante Su presencia, tomó asiento a la derecha de Bahá'u'lláh. El resto de los compañeros fueron admitidos gradualmente en Su presencia y se agruparon en torno a Su persona. Apenas acababan de reunirse cuando el mensajero de Táhirih, irrumpió para transmitir una invitación apremiante para que Quddús le visitase en su propio campo.

“Me he separado completamente de ella”, respondió con un tono osado y decidido. “Me niego a verla”.

El mensajero se retiró de inmediato, pero volvió pronto reiterando el mismo mensaje y haciendo un llamamiento para que atendiera a su urgente llamada.

“Insiste en que la visitéis”, fueron sus palabras. “Si persistís en vuestra negativa ella misma vendrá donde vos”. Quddús respondió: “Ya he declarado mi intención de visitar a Táhirih”. Cuando de repente se descubrió la figura de Táhirih, adornada y sin velo, ante los ojos de los compañeros reunidos.

No podríamos imaginarnos cómo se sintieron ellos de impresionados al verla, porque las mujeres siempre usaban velo, cuando salían de sus propios hogares. Algunos pensaron que era muy malvada y habrían huido si Su Santidad Bahá'u'lláh, no los hubiese detenido. Él les habló con gran mansedumbre, rogándoles permanecer calmados y alegres. Y sus palabras calmaron los ánimos.

Seguido de esto inmediatamente, Táhirih declaró:

“Soy la Palabra que el Qá'im ha de pronunciar, ¡la Palabra que ahuyentará a los jefes y nobles de la tierra!”. “Éste es un día de fiesta y júbilo universales” “el día en que las cadenas del pasado han sido despedazadas. Permitid que quienes han compartido este gran logro se alcen y abracen entre sí”. “Despertaré a las almas dormidas”. Con esto ella ponía de manifiesto que el momento había llegado, para que las viejas leyes sobre las mujeres fueran cambiadas.

Mientras ella hablaba, sus palabras eran parecidas a aquellas del Corán, que todos quedaron sorprendidos. Fue entonces cuando su Santidad, Bahá'u'lláh, le dio el nombre de Táhirih, que significa Pura. Desde entonces, las mujeres del Este comenzaron a ser más libres en muchos aspectos. ¡Qué agradecidas deben haber estado ellas con esta hermosa mujer!

También desde ese día, la vida y hábito de los discípulos del Báb fueron cambiando en diferentes aspectos. Ellos comprendieron que el viejo orden, o viejo modo de hacer las cosas habían pasado, y el nuevo orden o Nuevo Día había comenzado. Cuando todos se trasladaron a otra ciudad, Quddús y Táhirih viajaron juntos en el mismo coche.





La visión de Muhammad ‘Alí

Ahora van ustedes a saber de un joven llamado Muhammad ‘Alí que oyó el mensaje del Báb y quiso visitarlo, aun cuando el Báb estaba entonces en la prisión, Muhammad ‘Alí expresó que él se sentiría feliz de morir con Él. Sin embargo, su padre adoptivo no permitía a Muhammad ‘Alí dejar la ciudad. Finalmente, encerró al joven en la casa y guardó estricto control sobre él. Él no creía en el mensaje del Báb y estaba temeroso de que su hijo hubiera perdido la razón.

Un día sucedió una cosa sorprendente. Durante su encierro Muhammad ‘Alí había llorado la mayor parte del tiempo por no poder ir a ver al Báb. No obstante, ahora él de repente parecía muy contento, en vez de llorar, reía. Muhammad ‘Alí había orado invocando al Báb para que le permitiera ver su rostro. Oró tan ardientemente que por fin cayó en un estado inconsciente. Entonces tuvo una visión.

En esta visión oyó la voz del Báb que lo llamaba. La voz le decía que se levantara y cuando hizo así, le pareció que él se estaba mirando dentro de los fulgurantes ojos del Báb. Henchido de alegría y agradecimiento corrió hacia Él y se arrodilló a Sus pies.

“Regocijaos” – dijo el Báb – “La hora se está acercando en que, en esta misma ciudad, no escogeré a nadie excepto a ti para que compartas conmigo la copa del martirio. Descansa en la seguridad de que la promesa que te hago será cumplida”.

El Báb quiso decir con esto que, pasado un tiempo, Él sería condenado a morir en esa misma ciudad. En esta ocasión Él escogería al joven ‘Alí para que muriese con Él. Esta fue su promesa. No cabe la menor duda que sería una gran bendición morir con el Báb y todos sus amigos hubieran deseado ser ellos los escogidos, pero solamente a Muhammad ‘Alí le correspondió tal privilegio.

Esta promesa era la causa de la felicidad de ‘Alí, pues desde ese día nada pudo mantenerlo triste. Decía que se sentía como si estuviese viviendo en un mar de gozo. La voz del Báb resonaba en sus oídos y le parecía verlo muchas veces durante el día y por la noche. Su padre no podía comprender el cambio operado en él, pero finalmente le permitió actuar libremente. Desde entonces Muhammad ‘Alí vivió pacífica y felizmente con su familia y sus amigos, y todos llegaron amarlos tanto que cuando murió con el Báb como le había sido prometido, toda la gente de la ciudad lloró su muerte.



La prueba del Báb

Por este tiempo más y más grandes multitudes se unían para escuchar el Mensaje del Báb. Pero las autoridades de la ciudad y sus amigos continuaban enemistados hacia el Báb y deseaban dañarlo.

Algunos de ellos se sentían muy orgullosos porque habían estudiado más que otros, por lo tanto, podían explicar el Corán a los otros. Otros eran orgullosos porque tenían dinero en abundancia o una alta posición en el gobierno. Y, como es natural, todos temían que la mayoría de la gente llegara a ser discípulo del Báb y ellos mismos ya no podrían ser tan importantes. Temían perder su dinero o sus posiciones.

Por dondequiera que el Báb iba, sus enemigos siempre lo trataron con crueldad. Sin embargo, aquellos que se acercaban a Él por un momento, llegaban a ser sus amigos. Hasta los animales parecían amarlo, pues aun cuando eran feroces, ellos cambiaban. Veamos lo que una vez sucedió:

El príncipe en cuya casa el Báb permanecía, quiso una vez probar si Él era valiente, por lo que dio al Báb un caballo salvaje para montar. El asistente fue al Báb secretamente y le rogó que no montara aquel caballo. Le dijo que el caballo había arrojado a todo aquel que se atrevía a montarlo. El Báb agradeció al asistente su consejo, pero le dijo que lo dejara en manos de Dios, pues todo saldría bien. Y bastante seguro, el Báb se acercó con calma al caballo y comenzó a acariciarlo. El animal permaneció quieto mientras Él ponía sus pies en el estribo y le permitió que montara sobre su lomo. Y continuó siendo noble hasta que el Báb hubo regresado de su paseo.

Tanta gente siguió al Báb en su camino a la ciudad de Tabriz, que sus enemigos, los dirigentes religiosos, no le permitieron entrar a la ciudad. Ellos temían que hubieran disturbios. Así, enviaron a decir al Báb que Él tendría que acampar fuera de la ciudad. Luego que ellos tuvieron una reunión, mandaron a decir al Báb que se presentara ante ellos, pues deseaban discutir con Él.

Cuando el Báb llegó encontró que todos los asientos estaban ocupados, excepto el de Él. La gente se apiñaba por todos lados. Mientras el Báb caminaba a través de la multitud y tomaba el asiento vacío, repentinamente la gente pareció sentir su poder. Todos habían estado hablando al mismo tiempo ruidosamente, pero de repente un profundo y misterioso silencio cayó sobre ellos.

Nadie se atrevió a decir una sola palabra. Finalmente la tranquilidad fue rota por uno de los dirigentes.

“¿Quién pretendes ser y cuál es el mensaje que has traído?” – Preguntó al Báb.

“Yo Soy” –el Báb repitió tres veces- “Yo Soy, Yo Soy el Prometido. Yo Soy Aquel cuyo nombre ustedes han invocado por mil años, a cuya mención se han levantado, cuyo advenimiento han esperado para atestiguar, y la hora de cuya Revelación ustedes han rogado a Dios que se apresure. En verdad les digo que tanto los pueblos de oriente como los de occidente deben obedecer Mi palabra y jurar lealtad a Mi persona”.

Ellos hicieron muchas preguntas más al Báb, las cuales Él contestó, pero aún se negaban a creer que Él fuera el Prometido. Ellos lo trataron vergonzosamente y de nuevo lo enviaron a la prisión. A pesar de que ellos habían estado esperándolo, cuando Él vino a ellos, no lo quisieron reconocer.

La noticia de esta reunión se regó por todo el país e hizo que sus amigos desearan hacer más y más por Él. Muchos que no se consideraban como sus discípulos, pensaron que los dirigentes religiosos no lo habían tratado con cortesía y ellos, también, llegaron a ser sus amigos. De este modo cualquier cosa que ellos trataron de hacer en contra de Él, no tuvo éxito y solamente hizo que más gente lo amara.





El Fuerte Tabarsí

Un día, un mensajero llegó a Mullá Husayn mostrándole el turbante del Báb y rogándole acudir para ayudar a Quddús. Recordemos que Quddús fue uno de los que cruzó el desierto con el Báb, hacia la ciudad de Meca.

Tan pronto como recibiera el mensaje, Mullá Husayn montó en su caballo y partió con doscientos compañeros. En cualquier sitio que se detuvieron, ellos dieron a la gente el mensaje sobre el Nuevo Día y escogieron a algunos de aquellos que creyeron, para que los acompañaran en su viaje.

Una vez, mientras se detenían para descansar, Mullá Husayn dijo a sus compañeros:

“Quiera quien que no esté preparado para las grandes pruebas que hemos de soportar, debe desistir de este viaje y regresar. Yo, justamente con setenta y dos de mis compañeros, sufriremos la muerte por el Bien Amado. Quien se considere incapaz para renunciar al mundo, déjenlo partir inmediatamente porque más tarde le será imposible escapar”.

Por supuesto aquello significaba que los que estuvieran temerosos de morir por Dios deberían alejarse en ese momento antes de que fuera demasiado tarde. Veinte de ellos los dejaron y regresaron a sus hogares. Luego Mullá Husayn dijo al resto de ellos que dejaran atrás todas las cosas, exceptuando sus caballos y sus espadas, con eso la gente se daría cuenta que ellos no deseaban las cosas de este mundo. Ellos deseaban únicamente dar a conocer el Mensaje de Dios.}

Muchas veces los miembros de este pequeño grupo fueron forzados a pelear y defender su vida, aun cuando su Jefe nunca les permitió ser los primeros en atacar. Peleaban solamente cuando debían hacerlo. Todos estaban sorprendidos de la bravura de Mullá Husayn y una fuerza misteriosa parecía venir en su ayuda, en cualquier momento que la necesitaba.

La noche anterior a la llegada del grupo al Santuario de Shaykh Tabarsí, el guardián había soñado que Mullá Husayn llegaba con gran número de gente, que todos permanecían allí y ganaban todas las batallas contra sus enemigos. Y una noche, el Profeta de Dios se había unido a ellos. A la mañana siguiente, cuando Mullá Husayn llegó, el guardián conoció que era aquel quien él había visto en su sueño acompañado de mucha gente. Entonces le habló acerca de su sueño.

“Todo lo que habéis presenciado, sin duda ha de ocurrir. Esas escenas gloriosas volverán a suceder ante nuestros ojos”, dijo Mullá Husayn al guardián.

Mullá Husayn decidió construir un fuerte cerca del Santuario y en seguida, puso a sus hombres a trabajar. Muchas veces ellos tuvieron que detenerse y pelear en contra de la gente de los pueblos vecinos, quienes hacían todo lo que podían para causarles daño, pero siempre ellos derrotaban a sus enemigos. Por fin, el fuerte quedó terminado.

Justamente estaban para terminar el fuerte, cuando Mullá Husayn recibió aviso de que Bahá'u'lláh lo visitaría. Recordemos que en el sueño del guardián del Santuario, el Profeta de Dios había llegado para unirse a ellos. Se trataba pues, del Profeta Bahá'u'lláh.

Aquellos que estaban con Mullá Husayn no sabían entonces Quién era Bahá'u'lláh y no comprendieron por qué su jefe estaba tan contento que hasta se olvidó de que ellos estaban presentes. A ninguno le era permitido sentarse sino hasta que Mullá Husayn les diese esta indicación y él se olvidó de ello. Fue Bahá'u'lláh mismo Quien les rogó que se sentaran.

Bahá'u'lláh les expresó que estaba satisfecho con el fuerte y que solamente faltaba una cosa para estar perfecto:

“La única cosa que este fuerte y esta compañía requieren” dijo “es la presencia de Quddús”.

Quddús estaba entonces en la cárcel, pero Bahá'u'lláh dijo a Mullá Husayn que enviara a seis de sus hombres por él, que le sería permitido unirse a ellos. Antes de partir Bahá'u'lláh les dijo:

“... Habéis sido escogidos por Dios para construir la vanguardia de Su hueste y los cimentadores de Su Fe. Su hueste en verdad conquistará. Sea lo que sea lo que suceda. La victoria es vuestra, una victoria que es completa y segura”.

Cuando Bahá'u'lláh se hubo marchado, Mullá Husayn envió a seis hombres por Quddús. Luego indicó a los otros que debían tratar a Quddús como si del propio Báb se tratase.

“En cuanto a mí”, añadió “debéis considerarme vuestro humilde servidor.”

Quddús llegó al fuerte de noche. Cuando un mensajero llegó con la noticia de que él estaba cerca, Mullá Husayn y cien de sus hombres caminaron a su encuentro. Cada Hombre llevaba dos candelas encendidas para que el bosque se iluminara alrededor de ellos.

Y mientras Quddús caminaba entre ellos de regreso al fuerte, todos entonaban himnos de alegría:

“¡Bendito, bendito el Señor nuestro Dios, el Señor de los ángeles y del espíritu!”

Sus voces jubilosas resonaban a su alrededor. Mullá Husayn cantaba el alegre estribillo y todos respondían. El bosque de Mázindarán retumbó con el sonido de sus aclamaciones.

Todos los días después de su llegada al fuerte, Quddús siempre tuvo tiempo de orar con sus compañeros quienes se colocaban a su alrededor, no importándoles cuán fiero el enemigo fuera al atacarlos. Nada pudo apartarlo de hablar de este modo con Dios, a Quien él amaba y en Quien él confiaba.



24. **El asedio**

Por muchas semanas Quddús, Mullá Husayn y sus compañeros fueron mantenidos dentro del fuerte por aquellos que deseaban causarles daño. No podían salir por alimentos porque todo aquel que se atrevía era muerto. Finalmente hasta el agua llegó a ser escasa. Cuando alguien informó a Quddús sobre esto, él dijo:

“Dios mediante, esta misma noche una tromba de agua sorprenderá a nuestros oponentes, e irá seguida por una gran nevada, lo que nos permitirá repeler el asalto que tienen previsto”.

Efectivamente, esta misma noche cayó un fuerte aguacero y arruinó las municiones del enemigo. Dentro del fuerte los hombres se abastecieron de agua suficiente para que les durara para mucho tiempo. Y a la noche siguiente cayó una gran cantidad de nieve muy densa, que ninguno de los vecinos del fuerte recordaba otra parecida, ni aún en las nevadas en la mitad del invierno. Y aquello que causara grandes dificultades al enemigo, fue una bendición para los sitiados en el fuerte.

El pequeño grupo de hombres dentro del fuerte, sabía que afuera un gran regimiento estaba preparado para atacarlos. Por lo tanto, Quddús decidió lanzarse sobre ellos sorpresivamente para tratar de hacerlos huir o desbandarse. Dos horas después de la salida del sol, él y dos de sus hombres montaron sus caballos y salieron del fuerte, el resto les seguía a pie.

Tan pronto como todos estuvieron afuera gritaron tan fuerte como pudieron:
“¡Ya Sáhibu’z- Zamán!” (¡Oh Señor de la Era!).

Este era uno de los nombres del Maestro Divino que ellos estaban esperando. El Gran estruendo de sus gritos y el reflejo del sol sobre sus fusiles asustaron al enemigo. Ellos huyeron por distintas direcciones dejando atrás todos sus pertrechos. Ninguno de los hombres de Mullá Husayn perdió la vida.

Quddús no permitió que sus hombres persiguieran a aquellos que huían. El no deseaba causarle daño a ninguno, si consideraba que no era necesario. El solamente deseaba mostrar a sus enemigos el poder de Dios, para que la gente les permitiera a él y a sus seguidores, dar su mensaje. Estos mismos hechos se sucedieron una y otra vez. El pequeño ejército del fuerte sorpresivamente salía gritando: ¡Oh Señor de la Era! Y siempre fueron capaces para derrotar a aquel ejército entrenado que los asediaba.

En una de estas batallas Quddús fue herido por una bala en la boca y la garganta, pero Mullá Husayn perdió la vida. Sucedió que durante la pelea el caballo de Mullá Husayn se maneó en una

cuerda y antes de que Él se pudiera liberar, una bala le hirió el pecho. Cayó del caballo, caminó unos pasos tambaleantes y luego se desplomó. Dos de sus compañeros lo condujeron de regreso al fuerte.

Allí en el fuerte sucedió una cosa extraña. Aunque Mullá Husayn estaba inconsciente cuando lo llevaron, Quddús pidió a sus hombres que lo dejaran solo con él. Él les dijo que deseaba hablar con Mullá Husayn. A través de una rendija en la puerta uno de los hombres miró lo que sucedía. Tan pronto como los dos estuvieron solos, Quddús llamó a Mullá Husayn, quien se levantó y se sentó a sus pies. Todos afuera podían escuchar la conversación de ambos.

Hablaron juntos animadamente por horas. Luego la puerta se abrió y salió Quddús “le he dado mi último adiós”. “Cosas que antes no creía permisible pronunciar; las he compartido ahora con él”. Cuando los otros entraron, Mullá Husayn había muerto. Lucía una sonrisa en su boca y parecía como si estuviese dormido.

Mullá Husayn fue enterrado cerca del Santuario de Shaykh Tabarsí. Más tarde, los cuerpos de otros treinta que habían muerto en esa batalla fueron llevados al mismo lugar. Todos ellos habían ofrendado su vida por la Causa de Dios, que fue el acto más glorioso que les fue posible hacer.





La muerte de Quddús

Después de la muerte de Mullá Husayn, los hombres del fuerte sufrieron duras aflicciones. El enemigo los tenía cercados completamente y no podían conseguir alimentos. Pero la presencia de Quddús los hacía olvidarse del hambre, pues cuando se sentían débiles y enfermos les bastaba ver el rostro alegre y oír la voz de Quddús, para conseguir nuevas fuerzas.

Un día la bala de un cañón enemigo cayó muy cerca del lugar en donde Quddús estaba. No demostró ningún temor y explicó a sus compañeros que ellos tampoco fueran a asustarse ante el enemigo. Cada uno de ellos moriría cuando la hora les fuera señalada y, mientras tanto, nada podría causarles daño. Pero si ellos permitían que el ruido de las armas de fuego les causara miedo, se privarían de la protección de Dios. Esto indicaba que si el pánico se apoderaba de ellos no podrían ser protegidos. Deberían estar seguros de que Dios los cuidaría. Era algo que ellos siempre debían de recordar.

Poco después, cuando el enemigo se dio cuenta de que jamás capturaría el fuerte, mientras aquellos valientes estuvieran adentro, decidió hacerles una jugada perversa. Engañarían a los que quedaban en el fuerte con la promesa de que podrían salir y volver sanos y salvos a sus hogares, pero cuando dejaran el fuerte y estuvieran todos afuera podrían ser abatidos fácilmente por ellos.

Así, el comandante de la fuerza enemiga les mandó el Corán y una nota, en la cual les prometía protección si salían del fuerte. Quddús presentía que el comandante no decía la verdad, pero como la juraba por el Corán Sagrado, creyó necesario mostrarles confianza. Por lo tanto, todos salieron del fuerte. Quddús llevaba puesto el turbante verde que le había enviado el Báb y mostraba el caballo que le había regalado el príncipe, quien era el comandante de las fuerzas enemigas.

Todo pasó cual lo temía Quddús. Aquella gente perversa no se preocupó de cumplir con su promesa. Demolió el fuerte por completo y todos los compañeros de Quddús fueron muertos o vendidos como esclavos en el mercado. En lo que respecta a Quddús, el príncipe lo protegió por una temporada. No obstante, más tarde los líderes religiosos que habían sido sus enemigos desde un principio, ordenaron que apareciera ante ellos para interrogarlo.

El príncipe sabiendo que ellos querían matar a Quddús, les dijo:

“Me libero de toda responsabilidad por cualquier daño que sufra este hombre. Ustedes son libres de hacer lo que quieran con él, pero serán responsables ante Dios de lo que a él le suceda, en el Día del Juicio”. Inmediatamente ordenó que le llevaran su caballo y se marchó. Fue un acto de cobardía ¿no les parece?

Mataron a Quddús de una manera tan cruel que, al enterarse de ello y de lo que había sucedido en el fuerte, de los ojos del Báb brotaron copiosas lágrimas de dolor. Durante nueve días Él no quiso ver a nadie, y por seis meses, no fue capaz de escribir absolutamente nada.

Quddús no estuvo enojado con los que lo iban a matar. Cuanto más sufría, se le oía decir:

“Perdonad, oh mi Dios, los pecados de esta gente. Sed misericordioso con ellos porque no comprenden lo que nosotros hemos descubierto ya; lo que nosotros tanto estimamos. Mostradles, oh Dios, el camino hacia la Verdad y convierte su ignorancia en luz”.

De este modo murió Quddús, así como también había muerto Mullá Husayn, y como el Báb sabía que Él moriría más tarde por la Causa de Dios. Pero diariamente más gente aceptaba el Mensaje y esto era cuánto interesaba al Báb, a Quddús y a Mullá Husayn.





La historia de Vahíd

Vahíd era otro líder valiente que creyó en el Mensaje del Báb y lo proclamaba por todos lados. A causa de su gran influencia sobre la gente a quien enseñaba, el gobernador envió a un regimiento de soldados para que pelearan contra él y sus amigos. Al tener conocimiento de esto, Vahíd ordenó a uno de sus hombres que escogiera a seis hombres que salieran para enfrentarse a los soldados. Desde luego, aquel era un grupo muy reducido para enfrentarse a soldados bien armados y entrenados, pero veamos lo que sucedió:

Vahíd les había aconsejado que gritaran siete veces las palabras siguientes: “¡Alláh-u-Akbar!” que quiere decir: “¡Dios es el Más Grande!”. A la séptima vez ellos deberían embestir y derrotar a los soldados. Aquel puñado de hombres con gran Fe, duplicaron sus esfuerzos hasta poder rechazar a los soldados con facilidad. Fue una cosa muy maravillosa, consecuencia de gran confianza que ellos tenían en Dios.

Aquella noche Vahíd dijo a su gente que todos deberían marcharse silenciosamente para otra parte. El mismo mandaría a su esposa y a sus hijos a la casa de su padre, en donde estarían más seguros. Luego, a la media noche, Vahíd también salió sin que nadie lo viera. Lo acompañaban dos de sus hijos mayores y dos de sus compañeros.

Durante el día se escondieron en las montañas y recibieron alimentos de un hermano de Vahíd, quien vivía en la vecindad. Ese mismo día, por orden del gobernador una compañía de soldados registró la casa del hermano de Vahíd, pero naturalmente, no lo encontraron. Vahíd y sus compañeros siguieron su viaje y, en cada aldea se detenía, daban el Mensaje sobre los nuevos Maestros y el Nuevo Día.

Finalmente, llegaron a un lugar llamado Nayríz. En este lugar Vahíd dio el mensaje nuevamente y cada día más y más gente concurría para escucharlo. El número de discípulos creció de tal manera que Vahíd temía que el gobernador nuevamente enviara a los soldados para atacarles. Aconsejó a los que estaban con él que se fueran para un viejo castillo que quedaba cerca, con el objeto de reforzarlo tanto como le fuese posible. Luego, él también llegó para vivir en el castillo.

Efectivamente, el gobernador no los dejó en paz. Una y otra vez sus soldados atacaban el castillo, en el cual había sólo setenta y dos hombres. Muchos de ellos eran ancianos y otros muy jóvenes. Sin embargo, cada vez que salían sorpresivamente del castillo con el grito:

“¡Alláh-u-Akbar!”, asustaban tanto al enemigo que les era fácil rechazarlo. Recordemos que en el Santuario de Shaykh Tabarsí sucedió una cosa parecida.

Como sucediera en el Santuario de Shaykh Tabarsí, el gobernador se daba cuenta de que no podrían vencer a este puñado de hombres y jovencitos, en batalla limpia, Comprendía que tenía que valerse de alguna treta para dominarlos. De ahí, que envió un mensaje a Vahíd explicándole que él y sus amigos no habían comprendido antes lo que él quería y pensaron que sus pretensiones eran las de convertirse en un gran líder de la ciudad, pero ahora se deban cuenta de que él no deseaba más que divulgar su mensaje. Si se acercara a ellos haría la paz y él y sus compañeros quedarían libres. De lo contrario, todos serían muertos.

Como Quddús, en el Fuerte Tabarsí, Vahíd sabía que no eran sinceros, pero pensaba que debería arriesgarse de todos modos para poder regresar a enseñar el Mensaje. Fueron tratados bastante bien, él y algunos que lo acompañaron para reunirse con el gobernador. Sus enemigos no se atrevieron a maltratarlos, mientras los demás compañeros permanecían en el castillo. Sin embargo, obligaron a Vahíd a que enviara una carta al castillo rogándoles que salieran y fueran al centro de operaciones del ejército.

Sabiendo que el gobernador pensaba matar a sus compañeros cuando salieran, Vahíd les escribió secretamente una segunda carta, advirtiéndoles y aconsejándoles que se quedaran en donde estaban, pero de ellas sólo se permitió llegar la primera. En consecuencia y obedeciendo a Vahíd abandonaron el fuerte y se dirigieron a hacia sus casas. Pero no se les dejó entrar en la ciudad, sino que tras una feroz lucha, mataron a varios y apresaron a los demás.

Ahora el gobernador y sus amigos ya no temían a Vahíd y lo mataron juntamente con los que habían venido con él. En sus últimos momentos se le oyó decir:

“Tú sabes, oh mi Bienamado, que he abandonado el mundo por Tu Causa y he puesto mi confianza sólo en Ti, porque me ha sido revelada la belleza de tu Rostro. Tú eres testigo de los malvados propósitos que mi perverso enemigo me ha infligido. No, nunca me someteré a sus deseos ni le juraré lealtad.”

De esta manera, otro hombre valiente murió por la Causa de Dios. Pero antes de morir, él atrajo a muchos amigos, quienes continuaron dando el Mensaje.





El martirio del Báb

Quizás nuestros lectores podían pensar que, después que tantos mártires habían sido sacrificados, la gente estaría asustada como para escuchar y decir que creía. Sin embargo, esto no sucedió con la mayor parte de ellos. Pero cuando ellos vieron que tanta gente se alegraba de morir por esta Cusa, comprendieron que debía ser verdadera. Cada vez más y más llegaban a convertirse en discípulos del Báb. Por donde quiera que Él iba la gente lo amaba y se alistaba para morir por Él. Algunos hasta besaban el polvo del camino por donde Él había pasado.

El Gran Visir odiaba al Báb, era el hombre de mayor confianza del Sháh y su consejero en sus decisiones. Por supuesto, esta era una posición muy importante. Él no comprendía el Mensaje del Báb y no deseaba que Este hablara con el Sháh por temor a que él también llegase a creer en Su Mensaje. El Gran Visir temía que, si esto sucedía incluso él podría perder su posición.

Por lo tanto, decidió que el Báb de cualquier modo debía morir. Él pensaba que sin Aquel, sus discípulos se sentirían temerosos de seguir adelante y la Causa moriría. De este modo, él envió un soldado a la prisión del Báb, con instrucciones de conducirlo a Tabriz. Aun cuando el Báb estaba prisionero muy lejos, sabía lo que estaba sucediendo. Cuarenta días antes de que el mensaje llegara, Él recogió todos sus escritos. Con ellos guardó su pluma, sus sellos y su anillo de ágata, y los envió con una de Las Letras del Viviente a Ahmad, Su secretario. Ordenó al mensajero que lo guardara cuidadosamente y no hablar a nadie de ello excepto a Ahmad.

Cuando las cosas fueron entregadas a Ahmad, aquel encontró entre ellas una carta del Báb. En esta carta el Báb le decía que estos preciosos objetos deberían ser entregados a Bahá'u'lláh. Inmediatamente Ahmad partió para la ciudad de Teherán y allá entregó los objetos a Bahá'u'lláh. Tres días después de que el Báb fuera conducido a Tabriz, llegó una orden del Gran Visir condenándolo a morir ese mismo día en el patio del cuartel o sea el lugar donde los soldados permanecían. Y cualquiera que confesara ser discípulo del Báb sería también condenado a morir.

Como el hombre en cuya casa el Báb estaba, se negara a hacer efectiva esta malvada orden, una nueva orden llegó que el Báb y Sus secretarios fueran conducidos a uno de los calabozos del cuartel. Diez hombres fueron escogidos para guardar la puerta de este calabozo.

Hubo gran confusión en las calles cuando el Báb y Husayn, uno de sus seguidores, eran conducidos a través de ellas. Cuando se encontraban cerca del cuartel, un joven repentinamente se abrió paso entre la multitud y cayó a los pies del Báb, implorándole de esta manera:

“Por favor, no me separes de Ti. ¡Oh Maestro! Adónde Tú vayas permíteme que te siga”.
“Muhammad ‘Alí”, -contestó el Báb- “levántate y estad seguro que tú estarás conmigo.

Mañana tú sabrás lo que Dios ha decretado”.

Recordemos que Muhammad ‘Alí, era el joven que había soñado que el Báb, había venido hacia Él y le había prometido que morirían juntos. Y ese día, aquella promesa estaba cerca de ser cumplida. Otros dos corrieron también hacia el Báb y fueron colocados en la misma celda con Él y Husayn. Aquella noche el rostro del Báb brillaba de felicidad mientras hablaba a sus compañeros. Al día siguiente, mientras el Báb estaba hablando con Siyyid Husayn, fueron interrumpidos por uno de los oficiales del cuartel, quien venía para echar de allí a Husayn:

“No” el Báb advirtió al hombre “Hasta que Yo no le haya dicho a él todas aquellas cosas que deseo decirle, ningún poder terrenal podrá silenciarme. Aunque todo el mundo esté armado contra Mí, aun así serán impotentes para restringirme de llevar a cabo, hasta la última palabra, Mi intención.” El hombre estuvo muy impresionado de estas palabras, sin embargo nada dijo, excepto indicar a Siyyid Husayn que lo siguiera.

Esa misma mañana, se le propuso al joven Muhammad ‘Alí, que si él se volvía contra el Báb y no lo escuchaba más, su vida sería respetada.

“Nunca” – exclamó el joven- “En Él he encontrado mi paraíso.” De este modo el joven fue llevado a manos de Sam Khán, quien comandaba el regimiento que había de disparar sobre el Báb, pues él, también habría de morir, a menos que hiciera lo que ellos le habían pedido.

Aquel día cuando Sam Khán llegó a la celda para conocer a su prisionero, encontró que se le hacía duro cumplir con las órdenes. Él le dijo al Báb que era cristiano y que no deseaba para Él ningún mal y le pidió ser liberado de tener que aplicarle la pena de muerte.

“Sigue sus instrucciones”, dijo el Báb, “y si tu intención es sincera el Todopoderoso seguramente te aliviará”.

Un clavo fue introducido en la pared del cuartel, de este clavo el Báb y Su compañero fueron suspendidos. Muhammad ‘Alí pidió ser colocado de manera que su cuerpo protegiera el cuerpo del Báb. Fue suspendido de tal modo que su cabeza descansaba sobre el pecho del Báb.

Setecientos cincuenta soldados fueron alineados y dispararon sobre los dos. El humo de sus rifles oscureció la luz del sol y cambió el día en oscuridad. Mucha gente apiñada en las terrazas de las casas esperaba el resultado. Cuando la nube de humo se disolvió, la gente apenas podía creer lo que miraba. Muhammad ‘Alí estaba de pie ante ellos. Con vida y sin la menor lastimadura. La cuerda de la cual los dos habían sido suspendidos estaba rota y el Báb había desaparecido. Los soldados lo buscaron afanosamente y por fin lo encontraron en la celda donde Él había pasado la noche. El Báb finalizaba su plática con Husayn, aquella plática que había sido interrumpida esa mañana. Como Muhammad ‘Alí, Él tampoco estaba herido.

“He terminado mi conversación con Husayn” –dijo el Báb al soldado. “Ahora tú puedes proceder a cumplir con tu misión.” Pero Sam Khán estaba tan anonadado por lo que había sucedido, que ordenó a sus hombres abandonar inmediatamente el cuartel. Dijo que aunque le costara su propia vida, él no tendría más que ver con la muerte del Báb.

Otro regimiento fue traído. El Báb y Su compañero fueron de nuevo suspendidos. Y esta vez, la malvada orden fue ejecutada. Ambos, el Báb y Su compañero, habían sido asesinados. En el preciso momento en que las descargas fueron disparadas una gran tormenta se desató sobre la ciudad y un ciclón de polvo apagó la luz del sol, segando los ojos de la gente que presenciaba los hechos. La ciudad entera se oscureció desde el mediodía hasta el anochecer. No obstante lo sucedido, la gente todavía no se daba cuenta del crimen tan horrendo que se había cometido.

La maldad cometida por esta gente trajo grandes calamidades para su ciudad. Muchos de los que habían presenciado el martirio y no habían tratado de salvar al Báb, pronto murieron después o perdieron su dinero y demás pertenencias. Enfermedades extrañas que nadie las conocía causaron muchas muertes.

En cuanto a los soldados del regimiento que había disparado para cegar la vida del Báb, también se vieron condenados a sufrir en diferentes formas. Algunos fueron muertos por un terremoto. Otros, mientras descansaban a la sombra de una pared, fueron soterrados al derrumbarse la misma. Los demás fueron fusilados por alguna fechoría que ellos mismos habían cometido.

Con la muerte del Báb, sus enemigos estaban seguros que su Causa moriría. Pero, veamos cuán equivocados estaban. Ninguno pudo matar la Causa por la cual Él había dado su vida, sencillamente porque aquella no había sido la voluntad de Dios.



28. Bahá'u'lláh

Después de la muerte del Báb y muchos otros de sus seguidores, los pícaros líderes y sus amigos creyeron que ya no tendrían más molestias con los babís. Ellos fueron llamados así porque eran discípulos del Báb. Los babís se dispensaron por toda la ciudad, y por supuesto, estaban muy tristes y desalentados con las cosas terribles que habían pasado.

Pero aun cuando un gran líder había sido quitado de en medio, otro estaba preparado para venir. Recordemos que el Báb había estado predicando entre sus discípulos, que Él había venido para preparar el camino al Segundo Maestro Divino, Quien Dios estaba enviando. El Báb lo llamaba "Su Santidad".

Fue necesario al principio preparar el camino porque la gente no estaba preparada para un cambio tan grande. Ellos persistían en conservar las viejas costumbres que siempre habían conocido. Esta es la razón por qué tantos de ellos no quisieron escuchar al Báb. Pensaban que Mahoma y el Corán eran suficientes para ellos. Pero, como el Mensaje sobre el nuevo Maestro ya se había extendido por todo el país, el camino para el Segundo Maestro fue más fácilmente preparado, que fue posible enviar su Mensaje al mundo entero.

De modo que, después del martirio sufrido por el Báb, Sus discípulos que habían quedado dispersos y desorientados no estuvieron solos. Su Santidad Bahá'u'lláh, ahora los estaba recogiendo, los unía tanto como Él podía y los animaba a que continuaran con las enseñanzas sobre el Nuevo Día.

Algunas veces hay gente muy tonta que hace cosas sin ponerse a pensar en las consecuencias. Y esto ocurrió con dos jóvenes varones que vivían en la misma ciudad de Bahá'u'lláh. Estos jóvenes trataron de matar al Sháh porque muchos de sus amigos habían sido condenados a morir. Desde luego sus planes no tuvieron éxito y, por causa de su acto impulsivo, cosas terribles siguieron.

Puesto que estos jóvenes eran babís fueron condenados. La gente estaba agitada y muchos que nada tenían que ver con lo sucedido fueron también condenados a sufrir. Hasta Su Santidad Bahá'u'lláh fue condenado porque Él era entonces el líder de los babís. Fue tratado con la crueldad más grande y confinado a un calabozo en una oscura cueva debajo de la tierra. Pesadas cadenas fueron atadas a Su cuello y a Sus pies y, por tres días, no se le dio ni alimentos ni bebida.

En esta época la Más Grande Rama 'Abdu'l-Bahá, hijo de Bahá'u'lláh, era un niño de ocho años de edad. Él y el resto de la familia estuvieron viviendo con un tío mientras su padre estuvo en la prisión. En cualquier momento que el niño era enviado a la calle, otros niños de su edad corrían detrás arrojándole piedras.

Un día que él iba sólo a casa de regreso del mercado, cuando volvió a ver una multitud de niños venían corriendo hacia él con palos y piedras. Lo único que podría salvarlo era demostrándoles a ellos que no les temía. Por lo tanto, se dirigió a ellos con valentía y aire determinado, que todos dieron la vuelta y huyeron. Después de aquella vez nunca lo volvieron a molestar.

Cuando Bahá'u'lláh fue apresado, muchos de sus discípulos fueron también apresados. Y a pesar de las penurias que ellos sufrían en el terrible lugar donde estaban encerrados, ellos estaban muy gozosos porque Bahá'u'lláh estaba con ellos. Hasta cantaban allí en la oscuridad.

Muchos de los prisioneros murieron, pero finalmente Bahá'u'lláh fue liberado. Esto se debió a que uno de los jóvenes que habían tratado de asesinar al Sháh, confesó que él lo había hecho, por su propia voluntad. Pero, durante Su Vida, Bahá'u'lláh llevó en su cuerpo las huellas de aquella terrible prisión.

El castigo a los babís fue detenido momentáneamente por el Sháh, pero tan pronto como Bahá'u'lláh estuvo en libertad, una nueva orden de él conminaba a Bahá'u'lláh y Su familia a abandonar Persia inmediatamente. Un oficial ruso que estaba en Teherán invitó a Bahá'u'lláh para que fuera a vivir a Rusia, pero Él rechazó la invitación porque aquellos no eran deseos de Dios. Y así un día, acompañado por un miembro del cuerpo de guardias del Sháh y de un oficial ruso, Él y Su familia dejaron el país en donde ellos siempre habían vivido y se trasladaron a Iráq, a una ciudad situada sobre montañas.

El Sháh de Irán y sus secuaces, no advirtieron que al desterrar a Bahá'u'lláh, estaban contribuyendo al desenvolvimiento del Propósito de Dios. Fue en Iráq donde Bahá'u'lláh, siendo un desterrado, declaró su misión como la Manifestación de Dios para esta época, de que Él era el Prometido de todas las Sagradas Escrituras, de que Él era el Profeta de la Fe Bahá'í y portador de la última Revelación de Dios al mundo.



